

LAS GRANDES CIUDADES

Una ciudad como Londres, donde se puede caminar durante horas sin siquiera entrever el comienzo del fin, sin descubrir el menor indicio que señale la proximidad del campo, es algo verdaderamente muy particular.

Esta enorme centralización, este amontonamiento de 3,5 millones de seres humanos en un solo lugar ha centuplicado el poderío de estos 3,5 millones de hombres. La misma ha elevada a Londres al rango de capital comercial del mundo, creado los muelles gigantescos y reunido los millares de naves que cubren continuamente el Támesis. No conozco nada que sea más importante que el espectáculo que ofrece el Támesis, cuando se remonta el río desde el mar hasta el London Bridge. La masa de edificios, los astilleros de cada lado, sobre todo en la vecindad de Woolwich, los innumerables barcos alineados a lo largo de ambas riberas, que se aprietan cada vez más estrechamente los unos contra los otros y no dejan finalmente en medio del río más que un canal estrecho, por el cual se cruzan a plena velocidad un centenar de barcos de vapor -todo esto es tan grandioso, tan enorme, que uno se aturde y se queda estupefacto de la grandeza de Inglaterra aún antes de poner el pie en su suelo.¹³

¹³ (1892). Eso era hace cerca de 50 años, en la época de los pintorescos veleros Éstos -ocurre todavía en Londres- se hallan actualmente atracados a los muelles, el Támesis está lleno de horribles vapores, ennegrecidos de hollín. (F.E.)

Por lo que toca a los sacrificios que todo ello ha costado, no se les descubre sino más tarde. Cuando uno ha andado durante algunos días por las calles principales, cuando se ha abierto paso penosamente a través de la muchedumbre, las filas interminables de vehículos, cuando se ha visitado los "barrios malos" de esta metrópoli, es entonces solamente cuando se empieza a notar que estos londinenses han debido sacrificar la mejor parte de su cualidad de hombres para lograr todos los milagros de la civilización de los cuales rebosa la ciudad, que cien fuerzas, que dormitaban en ellos, han permanecido inactivas y han sido ahogadas a fin de que sólo algunas puedan desarrollarse más ampliamente y ser multiplicadas uniéndose con aquellas de las demás. La muchedumbre de las calles tiene ya, por sí misma, algo de repugnante, que subleva la naturaleza humana. Estos centenares de millares de personas, de todas las condiciones y clases, que se comprimen y se atropellan, ¿no son *todos* hombres que poseen las mismas cualidades y capacidades y el mismo interés en la búsqueda de la felicidad? ¿Y no deben esas personas finalmente buscar la felicidad por los mismos medios y procedimientos? Y, sin embargo, esas personas se cruzan corriendo, como si no tuvieran nada en común, nada que hacer juntas; la única relación entre ellas es el acuerdo tácito de mantener cada quien su derecha cuando va por la acera, a fin de que las dos corrientes de la multitud que se cruzan no se obstaculicen mutuamente; a nadie se le ocurre siquiera fijarse en otra persona. Esta indiferencia brutal, este aislamiento insensible de cada individuo en el seno de sus intereses particulares, son tanto más repugnantes e hirientes cuanto que el número de los individuos confinados en este espacio reducido es mayor. Y aún cuando sabemos que este aislamiento del individuo, este egoísmo cerrado son por todas partes el principio fundamental de la sociedad actual, en ninguna parte se manifiestan con una impudencia, una seguridad tan totales como aquí, precisamente, en la muchedumbre de la gran ciudad. La disgregación de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales tiene un principio de vida particular, y un fin particular, esta atomización del mundo es llevada aquí al extremo.

De ello resulta asimismo que la guerra social, la guerra de todos contra todos, aquí es abiertamente declarada. Como el amigo Stirner, las personas no se consideran recíprocamente sino como sujetos utilizables; cada quien explota al prójimo, y el resultado es que el fuerte pisotea al débil y que el pequeño número de fuertes, es decir los capitalistas, se apropián todo, mientras que sólo queda al gran número de débiles, a los pobres, su vida apenas.

Y lo que es cierto en cuanto a Londres, lo es igualmente respecto de Manchester, Birmingham, Leeds y todas las grandes ciudades. Indiferencia bárbara por todas partes, dureza egoísta de un lado y miseria indecible del otro lado, la guerra social por todas partes, el hogar de cada uno en estado de sitio, por todas partes pillaje reciproco bajo el manto de la ley, y todo con un cinismo, una franqueza tales que uno se horroriza de: las consecuencias de nuestro estado social. tales como aparecen aquí en su desnudez y ya no se asombra uno de nada, si no que todo este mundo loco no se haya desmembrado todavía.

En esta guerra social, el capital, la propiedad directa o indirecta de las subsistencias y de los medios de producción es el arma con la cual se lucha; asimismo está claro como el día, que el pobre sufre todas las desventajas de semejante estado: Nadie se preocupa de él; lanzado en este torbellino caótico, tiene que defenderse como pueda. Si tiene la suerte de encontrar trabajo, es decir; si la burguesía le concede la gracia de enriquecerse a su costa; obtiene un salario que apenas es suficiente para sobrevivir; si no encuentra trabajo, puede robar, si no teme a la policía, o bien morir de hambre y aquí también la policía cuidará que muera de hambre de manera tranquila, sin causar daño alguno a la burguesía.

Durante mi estancia en Inglaterra, la causa directa del fallecimiento de 20 ó 30 personas fue el hambre, en las condiciones más indignantes, y en el momento de la investigación correspondiente, raramente se halló un jurado que tuviera el valor de hacerlo saber claramente. Las declaraciones

de los testigos tenían que ser muy sencillas y claras, desprovistas de todo equívoco, y la burguesía -entre la cual se había seleccionado el jurado- siempre hallaba una salida que le permitía escapar a este terrible veredicto; muerte por hambre. La burguesía, en este caso, no tiene el derecho de decir la verdad, pues sería en efecto condenarse a sí misma. Pero, indirectamente también, muchas personas mueren de hambre -aun mucho más que directamente- porque la falta continua de productos alimenticios ha provocado enfermedades mortales que causan víctimas. Esas personas se han hallado tan débiles que ciertos casos; que en otras circunstancias hubieran evolucionado favorablemente, implican necesariamente graves enfermedades y la muerte. Los obreros ingleses llaman a esto el crimen social, y acusan a toda la sociedad de cometerlo continuamente. ¿Tienen razón?

Desde luego, sólo mueren de hambre individuos aislados, pero, ¿en qué garantías el trabajador puede fundarse para esperar que no le sucederá lo mismo mañana? ¿Quién le asegura su empleo? ¿Quién le garantiza que, si mañana es despedido por su patrón por cualquier buena o mala razón, podrá salir bien del apuro, él y su familia, hasta que encuentre otro empleo que le "asegure el pan"? ¿Quién certifica al trabajador que la voluntad de trabajar es suficiente para obtener empleo, que la probidad, el celo, el ahorro y las numerosas virtudes que le recomienda la sabia burguesía son para él realmente el camino de la felicidad? Nadie. Él sabe que hoy tiene una cosa y que no depende de él el tenerla mañana todavía; él sabe que el menor soplo, el menor capricho del patrón, la menor coyuntura económica desfavorable, lo lanzará en el torbellino desencadenado al cual ha escapado temporalmente, y donde es difícil, con frecuencia imposible, el mantenerse en la superficie. Él sabe que si bien puede vivir hoy, no está seguro que pueda hacerlo mañana.

Sin embargo, pasemos ahora a un examen más detallado del estado en que la guerra social sume a la clase que no posee nada. Veamos qué salario la sociedad paga al trabajador a

cambio de su trabajo, bajo forma de vivienda, de vestido y de alimentación, qué existencia asegura a aquellos que contribuyen más a la existencia de la sociedad. Consideraremos primeramente la vivienda.

Toda gran ciudad tiene uno o varios "barrios malos", donde se concentra la clase obrera. Desde luego, es frecuente que la pobreza resida en callejuelas recónditas muy cerca de los palacios de los ricos; pero, en general, se le ha asignado un campo aparte donde, escondida de la mirada de las clases más afortunadas, tiene que arreglárselas sola como pueda. En Inglaterra, estos "barrios malos" están organizados por todas partes más o menos de la misma manera, hallándose ubicadas las peores viviendas en la parte más fea de la ciudad. Casi siempre se trata de edificios de dos o una planta, de ladrillos, alineados en largas filas, si es posible con sótanos habitados y por lo general construidos irregularmente. Estas pequeñas casas de tres o cuatro piezas y una cocina se llaman cottages y constituyen comúnmente en toda Inglaterra, salvo en algunos barrios de Londres, la vivienda de la clase obrera. Las calles mismas no son habitualmente ni planas ni pavimentadas; son sucias, llenas de detritos vegetales y animales, sin cloacas ni cunetas, pero en cambio sembradas de charcas estancadas y fétidas. Además, la ventilación se hace difícil por la mala y confusa construcción de todo el barrio, y como muchas personas viven en un pequeño espacio, es fácil imaginar qué aire se respira en esos barrios obreros. Por otra parte, las calles sirven de secaderos, cuando hace buen tiempo; se amarran cuerdas de una casa a la de enfrente, y se cuelga la ropa mojada a secar.

Examinemos algunos de estos barrios malos. Tenemos primeramente *Londres*^{*}, y en Londres el célebre "nido de

* Desde que redacté esta descripción, he leído un artículo sobre los barrios obreros de Londres, en el **Illuminated Magazine** (octubre 1844) que concuerda en muchos pasajes, casi literalmente, con la que escribí: Se titula "The Dwellings of the Poor, from a notebook of a M. D." (La vivienda de los pobres, según observaciones de un médico). (F.E.)

cuyos "cuchillos" (rookery), St. Giles, a donde se va meramente a dar salida a algunas anchas calles y que debe así ser destruido. St. Giles se halla situado en la parte más poblada de la ciudad, rodeado de calles anchas y luminosas, donde bulle el mundo elegante londinense, muy cerca de Oxford Street, de Regent Street, de Trafalgar Square y del Strand. Es una masa de casas de tres o cuatro plantas, construidas sin plan, con calles estrechas, tortuosas y sucias donde reina una animación tan intensa como en las calles principales que atraviesan la ciudad, excepto que en St. Giles sólo se ve gente de la clase obrera. Las calles sirven de mercado: cestas de legumbres y de frutas, naturalmente todas de mala calidad y apenas comestibles, dificultan mucho más el tránsito, y de ellas emana, como de las carnicerías, un olor nauseabundo. Las casas están habitadas desde el sótano hasta el techo, tan sucias en el exterior como en interior, y tienen un aspecto tal que nadie tendría deseos de vivir en ellas. Pero eso no es nada comparado con los alojamientos en los patios y las callejuelas transversales a donde; se llega por pasajes cubiertos, y donde la inmundicia y el deterioro por vejez exceden la imaginación. No se ve, por decirlo así, un solo vidrio intacto, los muros están destrozados, las guarniciones de las puertas y los marcos de las ventanas están rotos o desempotados, las puertas -si hay- hechas de viejas planchas clavadas juntas; aquí, incluso en este barrio de ladrones las puertas son inútiles porque no hay nada que robar. Por todas partes los montones de detritos y de cenizas y las aguas usadas vertidas delante de las puertas terminan por formar charcas nauseabundas. Aquí es donde viven los más pobres de los pobres, los trabajadores peor pagados, con los ladrones, los estafadores y las víctimas de la prostitución, todos mezclados: La mayoría son irlandeses o descendientes de irlandeses, y aquellos que aún no han naufragado en el torbellino de esta degradación moral que los circunda, se hunden cada día más, pierden cada día un poco más la fuerza de resistir a las influencias desmoralizadoras de la miseria, de la suciedad y del medio ambiente.

Pero St. Giles no es el único "barrio malo" de Londres. En

este gigantesco laberinto de calles hay centenares y millares de vías estrechas y de callejuelas, cuyas casas son demasiado miserables para quienquiera que todavía pueda dedicar cierta suma a una habitación humana, y con frecuencia es muy cerca de las lujosas casas de los ricos que se hallan estos refugios de la miseria más atroz. Así es cómo recientemente, en el curso de una comprobación mortuoria, se calificó a un barrio muy cercano a Portman Square, plaza pública muy idónea, de vecindario "de una muchedumbre de irlandeses desmoralizados por la suciedad y la pobreza". Así como se descubre en calles como Long Acre, etc., que, sin ser "chic" son a pesar de todo convenientes, un gran número de alojamientos en los sótanos, de donde surgen las siluetas de niños enfermizos y de mujeres en harapos medio muertos de hambre. En las inmediaciones del teatro Drury Lane -el segundo de Londres- se hallan algunas de las peores calles de toda la ciudad (las calles Charles, King y Parker) cuyas casas también son habitadas desde el sótano hasta el techo sólo por familias pobres. En las parroquias¹⁴ de St. John y de St. Margaret. En Westminster, vivían en 1840, según el órgano de la Sociedad de Estadísticas, 5366 familias de obreros en 5294 "viviendas" -si se les puede dar este nombre-, hombres, mujeres y niños, mezclados sin atención a la edad o el sexo, en total 26830 personas, y las tres cuartas partes del número de familias citadas sólo disponían de una pieza. En la parroquia aristocrática de St. George, Hanover Square, vivían; según la misma fuente, 1465 familias obreras; en total unas 6000 personas, en las mismas condiciones; y allí también más de dos tercios de las familias apiñadas cada una en una sola pieza. ¡Y de qué manera las clases poseedoras explotan legalmente la miseria de estos infelices, en cuyas casas los propios ladrones no esperan hallar nada! Por las horribles viviendas cerca de Drury Lane, que acabamos de mencionar, se paga los alquileres siguientes: dos alojamientos en el sótano; 3 chelines (1 tálero); un cuarto en la planta baja, 4 chelines; en el primer piso, 4.5 chelines; en el segundo piso, 4 chelines; buhardillas, 3 chelines por semana. De modo que los

¹⁴ (1892) Pfarreien (1845) Pfarren

vecinos famélicos de Charles Street pagan a los propietarios de inmuebles un tributo anual de 2000 libras esterlinas (14000 táleros), y las 5366 familias de Westminster ya citadas un alquiler total de 40000 libras esterlinas por año (o sea 270000 táleros).

El barrio obrero más grande, sin embargo, se halla al este de la Torre de Londres, en Whitechapel y Bethnal Green, donde está concentrada la gran masa de obreros de la ciudad. Veamos lo que dice M.G. Alston, predicador de St. Philip, en Bethnal Green, del estado de su parroquia:

"La misma cuenta con 1400 casas habitadas por 2795 familias, o sea unas 12000 personas. El espacio donde habita esta importante población no llega a 400 yardas cuadradas (1200 pies), y en tal apiñamiento no es raro hallar un hombre, su mujer, 4 ó 5 niños y a veces también el abuelo y la abuela en una sola habitación de 10 a 12 pies cuadrados, donde trabajan, comen y duermen. Yo creo que antes de que el obispo de Londres llamara la atención del público sobre esta parroquia tan miserable, la misma era tan poco conocida en el extremo oeste de la ciudad como los salvajes de Australia o las islas de los mares del sur. Y si quisieramos conocer personalmente los sufrimientos de estos desventurados, si los observamos cuando se disponen a comer sus escasos alimentos y los vemos encorvados por la enfermedad y el desempleo, descubriremos entonces tanta penuria y miseria que una nación coma la nuestra debiera avergonzarse de que esto pueda ocurrir. Yo he sido pastor cerca de Huddersfield durante los tres años de crisis, en el peor momento de marasmo de las fábricas, pero desde entonces jamás he visto a los pobres en una aflicción tan profunda como en Bethnal Green. Ni un solo padre de familia de cada diez en todo el vecindario tiene otra ropa que la de trabajo, y ésta de lo más andrajosa; asimismo, muchos no tienen más que estos harapos para cubrirse por la noche, y su cama es un saco lleno de paja y viruta."(23)

Esta descripción nos muestra ya a qué se parecen de ordinario

esas viviendas. Citaremos, además, informes de las autoridades inglesas sobre viviendas proletarias que a veces tienen ocasión de visitar.

En la oportunidad de una descripción practicada por Mr. Carter, coraner de Surrey, sobre la causa de la muerte de Ann Galway, de 45 años de edad, el 16 de noviembre de 1843, los periódicos describieron la vivienda de la difunta en estos términos: ella vivía en el núm. 3 de White Lion Court, Bermondsey Street, Londres, con su marido y su hijo de 19 años, en una pequeña habitación donde no había ni cama, ni sábanas ni mueble alguno. Ella yacía muerta al lado de su hijo sobre un montón de plumas, esparcidas sobre su cuerpo casi desnudo, pues no había allí ni frazada ni sábanas. Las plumas se pegaban de tal modo a su cuerpo, que hubo que limpiar el cadáver para que el médico pudiera examinarlo; él lo halló totalmente descarnado y lleno de parásitos. En el piso de la pieza había un hoyo que servía de retrete a la familia.

El lunes 15 de enero de 1844, dos muchachos fueran presentados ante el tribunal de policía de Worship Street, en Londres, porque acicateados por el hambre habían hurtado en una tienda un trozo de carne medio cocida y lo habían devorado instantáneamente. El juez de policía ahondó en el asunto y pronto obtuvo de los policías las aclaraciones siguientes: la madre de estos muchachos era la viuda de un exsoldado que más tarde fue agente de la policía y ella había sufrido miserias con sus nueve hijos desde la muerte de su marido.

Ella vivía en la mayor miseria, en el número 2 de Pools' Place, Quaker Street, en Spitalfields. Cuando el agente de policía fue a su casa, la halló con seis de sus hijas, literalmente apiñados en una pequeña habitación al fondo de la casa, sin otros muebles que dos viejas sillas de mimbre desfondadas, una mesa pequeña con dos patas rotas, una taza rota, y un plato pequeño... El fogón medio apagado, y en un rincón tantos trapos como los que pudiera necesitar una mujer para un delantal, pero que servían de cama a toda la familia. Ellos no

tenían otras cobijas que sus propias ropas raídas. La pobre mujer contó que había tenido que vender su cama el año anterior, para obtener alimentos; había empeñado las sábanas al tendero por algunos víveres, y había tenido que vender todo sencillamente para comprar pan. El juez de policía concedió a esta mujer una suma bastante importante con cargo al Fondo de Pobres.

En febrero de 1844, una viuda de 60 años, Theresa Bishop, fue confiada, con su hija enferma de 26 años de edad, a la benevolencia del juez de policía de Malborough Street. Ella vivía en el número 5 de Brown Street, Grosvenor Square, en una pequeña habitación que daba al patio, no más grande que un armario de pared, donde no había ni un solo mueble. En un rincón había unos trapos donde ambas dormían, una caja servía a la vez de mesa y de silla. La madre ganaba algunos centavos haciendo la limpieza de casas; el propietario dijo que ellas habían vivido en ese estado desde mayo de 1843, poco a poco habían vendido o empeñado todo lo que poseían, y sin embargo nunca habían pagado el alquiler. El juez de policía les concedió una libra esterlina con cargo al Fondo de Pobres.

Yo no pretendo en modo alguno que todos los trabajadores londinenses viven en la misma miseria que las tres familias citadas; yo sé bien que por un hombre que es aplastado sin compasión por la sociedad, diez viven mejor que él. Pero yo afirmo que millares de buenas y laboriosas familias mucho más buenas; mucho más honorables que todos los ricos de Londres se hallan en esta situación indigna, y que todo proletario, sin excepción alguna, sin que sea culpa suya y a pesar de todos sus esfuerzos, puede correr la misma suerte.

Más, después de todo, aquellos que poseen un techo, cualquiera que sea, son todavía afortunados en comparación con aquellos que no tienen ninguno. En Londres, 50000 personas se levantan cada mañana sin saber dónde reposarán la cabeza la noche siguiente. Los más afortunados son aquellos que logran disponer de un penique o dos cuando llega la noche

y van a lo que se llama una "casa-dormitorio" (*lodging house*) que se hallan en gran número en las grandes ciudades y donde se les da asilo a cambio de su dinero. ¡Pero qué asilo! La casa está llena de camas de arriba a abajo; 4, 5, 6 camas en una pieza, tantos como puedan caber. En cada cama se apilan 4, 5, 6 personas, igualmente tantas como quepan, enfermos y sanos, viejos y jóvenes; hombres y mujeres, borrachos y no borrachos; como sea, todos mezclados. Hay discusiones, riñas, y lesionados, y cuando los compañeros de cama se soportan es todavía peor: planean robos o se entregan a prácticas cuya bestialidad nuestra lengua, que es civilizada, rehuye describir. ¿Y aquellos que no pueden pagar tal albergue? Pues bien, esos duermen donde pueden, en los pasillos, en los portales, en un rincón cualquiera, donde la policía o los propietarios los dejan dormir tranquilos; algunos de ellos la pasan mejor en los asilos construidos aquí y allá por instituciones privadas de beneficencia, otros duermen en los bancos de los parques, exactamente debajo de las ventanas de la reina Victoria. Veamos lo que dice el *Times*(24) de octubre de 1843.

"Resalta de nuestra información de policía de ayer, que por término medio cincuenta personas duermen todas las noches en los parques, sin otra protección contra la intemperie que los árboles y algunas excavaciones en los muros. La mayoría son muchachas jóvenes: que, seducidas por soldados, han sido llevadas a la capital y abandonadas en ese inmenso mundo, lanzadas a la soledad de la miseria en una ciudad extraña, víctimas inconscientes y precoces del vicio.

Esto es en verdad horroroso. Por otra parte, no dejará de haber gente pobre. La necesidad llegará a abrirse paso por todas partes y a instalarse con todos sus horrores en el corazón de una gran ciudad floreciente: En los millares de callejones y callejuelas de una metrópoli populosa, siempre habrá necesariamente -nos tememos- mucha miseria que hiere la vista, y mucha que permanece oculta.

Pero lo que sorprende es que en el círculo que han trazado

la riqueza, el placer y el lujo, que muy cerca de la real grandeza de St. James, en los bordes del palacio reluciente de Bayswater, donde se encuentran el antiguo barrio aristocrático y el nuevo, en una parte de la ciudad donde el refinamiento de la arquitectura moderna se ha cuidado de construir la menor cabaña para la pobreza, en un barrio que parece estar consagrado exclusivamente a los disfrutes de la

riqueza, ¡qué allí precisamente vengan a instalarse la miseria y el hambre, la enfermedad y el vicio con todo su cortejo de horrores, consumiendo cuerpo tras cuerpo, alma tras alma!

Este es realmente un estado de cosas monstruoso. Las más grandes satisfacciones que pueden proporcionar la salud física; la euforia intelectual y los placeres relativamente inocentes de los sentidos, ¡flanqueando directamente a la más cruel miseria! ¡La riqueza, riendo desde lo alto de sus salones relucientes, riendo con una indiferencia brutal muy cerca de las heridas ignoradas de la indigencia! ¡El placer, escarneciendo inconsciente pero cruelmente el sufrimiento que gime allá abajo! La lucha de todos los contrastes, todas las oposiciones; salvo una: el vicio que lleva a la tentación se une a aquel que se deja tentar... Pero que todos los hombres reflexionen: en el barrio más brillante de la ciudad más rica del mundo, noche tras noche, invierno tras invierno, hay mujeres - jóvenes por la edad, viejas por los pecados y los sufrimientos- proscritas de la sociedad, encenegadas por el hambre, la indecencia y la enfermedad. Que ellos piensen y aprendan, no a formular teorías, sino a obrar. Dios sabe que aquí hay por hacer actualmente."

Me referí anteriormente a los asilos para los que carecen de hogar; dos ejemplos nos mostrarán cuán congestionados se hallan. Un *Refuge of the Houseless*¹⁵ construido recientemente en la Upper Ogle Street, con capacidad para albergar 300 personas cada noche, desde su apertura el 27 de enero, hasta el 17 de marzo de 1844, acogió a 2740 personas por una o varias

¹⁵ Obdachlosenstyl: Asilo para los sin vivienda(techo)

noches; y aunque el invierno se hizo menos riguroso, el número de solicitudes se incrementó considerablemente tanto en éste como en los asilos de White Cross Street y de Wapping, y cada noche hubo que rechazar a una multitud por falta de espacio. En el asilo central de Playhouse Yard, que cuenta por término medio con 460 camas cada noche, se dio albergue a 6681 personas en total en los tres primeros meses de 1814, y se distribuyeron 96141 raciones de pan. Sin embargo, la junta directiva declara que este establecimiento no bastó para acomodar a todos los indigentes sino cuando abrió igualmente sus puertas el asilo del este para acoger a los desamparados.

Dejemos Londres para recorrer algunas de las otras grandes ciudades de los tres reinos. Tomemos primeramente Dublín, ciudad cuyo arribo por mar es tan encantador como imponente es el de Londres; la bahía de Dublin es la más bella de todas las de las islas británicas y los irlandeses tienen afición a compararla con la de Nápoles. La ciudad misma posee grandes bellezas¹⁶, y sus barrios aristocráticos han sido construidos mejor y con más gusto que aquellos de cualquier otra ciudad británica. Pero en cambio, los distritos más pobres de Dublín se cuentan entre los más repugnantes y más feos que se puedan ver. Desde luego, el carácter nacional de los irlandeses, que, en ciertas circunstancias, no se sienten cómodos sino en la suciedad, juega allí un papel, pero como hallamos también en todas las grandes ciudades de Inglaterra y de Escocia a millares de irlandeses y que toda población pobre termina necesariamente por naufragar en la misma suciedad, la miseria de Dublín no tiene absolutamente ya nada de específica, propia de la ciudad irlandesa, y es por el contrario un rasgo común de todas las grandes ciudades del mundo entero. Los distritos pobres de Dublín son extremadamente extensos y la suciedad, la inhabitabilidad de las casas, el abandono en que se hallan las calles, superan la imaginación. Puede tenerse una idea de la manera en que son apiñados los pobres, cuando se sabe que en

¹⁶ (1892), Schönheit. (La ciudad es de una gran belleza). (1845) Schönheiten

1817, según el informe de los inspectores de las casas de misericordia*, 1318 personas vivían en la Barrack Street en 52 casas con 390 habitaciones, y 1997 personas en la Church Street y los alrededores, repartidas en 71 casas con 393 habitaciones; que

"en este distrito y en el distrito contiguo, hay una multitud de callejuelas y de patios con un olor nauseabundo (foul), que muchos sótanos no reciben la luz del día sino por la puerta y que en varios de ellos la gente duerme en el suelo pelado, aunque la mayoría de ellos tengan al menos armaduras de camas, mientras que por ejemplo Nicholson's Court contiene 151 personas que viven en 28 pequeñas piezas miserables, en la mayor penuria, a tal punto que en todo el edificio sólo se pudo encontrar dos armaduras de cama y dos coberturas".

La pobreza es tan grande en Dublín que una sola organización de beneficencia, la *Mendicity Association*¹⁷ atiende a 2500 personas diariamente, o sea, el uno por ciento de la población total, les da alimentos por el día y las despide por la noche.

Es en términos análogos que el Dr. Alison habla de Edimburgo, después de todo una ciudad cuya situación espléndida le ha valido el nombre de Atenas moderna, y cuyo lujoso barrio aristocrático de la ciudad nueva contrasta brutalmente con la miseria crasa de los pobres de la ciudad antigua. Alison afirma que este inmenso barrio es tan sucio y

* Citado en Dr W P. Alison F. R. S. E., Fellow and late President of the Royal College of Physicians" etc.: **Observations on the Management of the Poor in Scotland and its Effects on the Health of Great Towns.** [Observaciones sobre la administración de los pobres en Escocia y sus efectos sobre la higiene de las grandes ciudades] Edimburgo, 1840. El autor es un piadoso **tory** y hermano del historiador Arch(ibald) Alison. (F.E.)

¹⁷ Bettler (fürsorge)-Verainnung: Asociación de ayuda a los mendigos.

horrible como los peores distritos de Dublín y que la *Mendicity Association* tendría que socorrer a una proporción tan grande de menesterosos en Edimburgo como en la capital irlandesa; él dice incluso que los pobres en Escocia, sobre todo en Edimburgo y en Glasgow, llevan una vida más dura que en cualquier otra región del imperio británico y que los más miserables no son irlandeses sino escoceses. El predicador de la vieja iglesia de Edimburgo, el Dr. Lee, declaró en 1836 ante la *Commission of Religious Instruction*¹⁸ que

"jamás había visto en ninguna parte una miseria como la de su parroquia. La gente no tenía muebles, vivían sin nada; frecuentemente dos parejas vivían en una habitación. En un día había visitado siete casas diferentes, donde no había cama -en algunas de ellas ni siquiera paja- octogenarios dormían en el suelo, casi todos sin desvestirse. En un sótano había hallado dos familias del campo; poco después de su arribo a la ciudad, dos niños habían muerto, y el tercero estaba en la agonía en el momento de su visita. Para cada familia había un montón de paja sucia en un rincón, y además, el sótano era tan oscuro que apenas se podía distinguir un ser humano en pleno día, servía de establo a un asno. Por duro que fuese un corazón, sangraría a la vista de tal miseria en un país como Escocia.

El Dr. Hennen informa de hechos análogos en el *Edinburg Medical and Surgical Journal*. Un informe parlamentario*

¹⁸ Kommission für religiöse Unterweisung: Comisión para la instrucción religiosa.

* **Report to the Home Secretary from the Poor Law Commissioners on an Inquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Classes of Great Britain. With Appendices. Presented to both Houses of Parliament in July 1842.** (Informe de los comisionados de la Ley de Pobres presentado al ministro del Interior, respecto a una investigación sobre la situación sanitaria de la clase obrera de Gran Bretaña. Con apéndices. Presentado a ambas cámaras del Parlamento en julio de 1842)

muestra que desaseo -como es de esperarse en tales condiciones- reina en las casas de los pobres de Edimburgo. Las gallinas usan los largueros de las camas para dormir, los perros y hasta caballos duermen con los hombres en una sola *y misma pieza*, y la consecuencia natural es que una suciedad y un hedor espantosos colman esas viviendas, así como un ejército de parásitos de toda especie. La forma en que está construida Edimburgo favorece en el más alto grado este horroroso estado de cosas: La vieja ciudad está construida en las dos vertientes de una colina, sobre cuya cima se halla la Calle Alta (High Street). De ésta parten, de ambos lados, una multitud de callejuelas estrechas y tortuosas, llamadas wynds debido a sus numerosas sinuosidades, que descienden de la colina y constituyen el barrio proletario. Las casas de las ciudades escocesas tienen una altura de 5 ó 6 pisos como en París y -contrariamente a las de Inglaterra donde en la medida de lo posible cada quien posee su casa particular- son habitadas por un gran número de familias diferentes; la concentración de numerosas personas en una superficie reducida sigue acrecentándose allí.

"Estas calles", dice un diario inglés en un artículo sobre el estado sanitario de los obreros de las ciudades,*

"estas calles son por lo general tan estrechas que se puede pasar de la ventana de una casa a aquella de la de enfrente, y estos inmuebles presentan además tal acumulación de pisos que la luz apenas puede penetrar en el patio o en el callejón que los separa. En esa parte de la ciudad, no hay ni cloacas ni retretes o lugares de desahogo dentro de las casas, y, por eso todas las inmundicias, detritos o excrementos de por lo menos 50000 personas son lanzados cada noche en las cunetas y, pese al barrido de las calles, hay una masa de

* **The Artizan**, 1843, número de octubre. Revista mensual. (F.E.)

3 vols. **in folio** reunido y clasificado según los informes médicos, por Edwin Chadwick, secretario de la Comisión de la ley de pobres. (F. E.)

excrementos secos de emanaciones nauseabundas, que no solamente ofenden la vista y el olfato, sino que presenta además un gran peligro para la salud de la población. ¿Es sorprendente que en tales localidades se descuide prestar la menor atención a la salud, a las buenas costumbres e incluso a las reglas más elementales de la decencia? Al contrario, todos aquellos que conocen bien la situación de los habitantes, atestiguarán del alto grado que han alcanzado aquí las enfermedades, la miseria y la ausencia de moral. En estas regiones la sociedad ha caído a un nivel indescriptiblemente bajo y miserable. Las viviendas de la clase pobre son en general muy sucias y al parecer jamás se limpian en absoluto. En la mayoría de los casos tienen una sola pieza -donde, aunque la ventilación sea de lo peor, siempre hace frío a causa de las ventanas rotas o mal adaptadas- que a veces es húmeda y a veces está en el subsuelo, siempre mal amueblada, y enteramente inhabitable, hasta el punto que con frecuencia un montón de paja sirve de cama a una familia entera, cama donde duermen en una confusión repugnante, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. El agua sólo puede obtenerse en las bombas públicas, y la dificultad de ir a buscarla favorece naturalmente todas las asquerosidades posibles."

Las otras grandes ciudades marítimas apenas son mejores. Liverpool, pese a su tráfico, su lujo y su riqueza, trata sin embargo a sus trabajadores con la misma barbarie. Una quinta parte de la población, o sea más de 45000 personas, viven en sótanos exiguos, oscuros, húmedos y mal ventilados, que suman 7882 en la ciudad. A ello hay que añadir también 2270 patios (*courts*), o sea pequeños lugares cerrados por los cuatro lados cuya entrada y salida se hace por un pasillo estrecho, las más de las veces abovedado, y por consiguiente no permite la *menor* ventilación, casi siempre muy sucios y habitados casi exclusivamente por proletarios. Nos referiremos de nuevo a esos patios cuando hablamos de Manchester. En Bristol, se han visitado 2800 familias de obreros de las cuales el 46% no tenía más que una sola habitación.

Y hallamos exactamente la misma situación en las ciudades industriales. En Nottingham hay en total 11000 casas de las cuales 7 u 8 mil se hallan pegadas las unas a las otras, de suerte que no es posible ninguna ventilación completa; además, casi siempre hay un solo lugar de desahogo común para varias casas. Una inspección reciente reveló que varias hileras de casas estaban construidas sobre canales de desagüe poco profundos que estaban cubiertos sólo por traviesas de piso.

En Leicester, Derby, y Sheffield, ocurre lo mismo. En cuanto a Birmingham, el artículo del *Artizan* citado anteriormente informa lo siguiente:

"En los viejas barrios de la ciudad, hay lugares malos, sucios y faltos de reparación, llenos de charcas estancadas y de montones de inmundicias. En Birmingham, los patios son muy numerosos, hay más de 2000, y en ellos vive la mayoría de la clase obrera. Casi siempre son exiguos, mal terminados, mal ventilados, con desagües defectuosos, consisten de 8 a 20 inmuebles que en su mayoría no pueden recibir el aire sino de un lado porque el muro del fondo es medianero, y al fondo del patio hay casi siempre un hoyo para las cenizas o algo por el estilo, cuya inmundicia es indescriptible. Hay que observar sin embargo que los patios modernos han sido construidos más inteligentemente y son conservados más convenientemente. En estos últimos las viviendas son menos agrupadas que en Manchester y Liverpool, lo cual explica que, cuando han ocurrido epidemias, haya habido menos casos mortales en Birmingham que, por ejemplo, en Wolverhampton, Dudley y Bilston, que están a sólo unas leguas de allí. Asimismo, en Birmingham no hay viviendas bajo tierra, si bien algunos sótanos sirven impropiamente de talleres. Las casas -dormitorios para obreros son un poco más numerosas (más de 400), principalmente en los patios del centro de la ciudad; casi todas ellas son de una suciedad repugnante, mal ventiladas, verdaderos refugios para mendigos, vagabundos *trampers* (volveremos sobre la significación de esta palabra);

ladrones y prostitutas, que sin ninguna consideración por las conveniencias o la comodidad comen, beben; fuman y duermen en una atmósfera que únicamente estos seres degradados pueden soportar."

Glasgow se parece a Edimburgo en muchos aspectos: los mismos wynds; las mismas altas casas. El *Artizan* observa a propósito de esta ciudad:

"Aquí la clase obrera constituye alrededor del 78% de la población total: (de unos 300000), y vive en barrios que superan en miseria y horror los antros más viles de St. Giles y Whitechapel, las Liberties de Dublín, los wynds de Edimburgo. Hay numerosos lugares parecidos en el corazón de la ciudad, al sur de Trongate, al oeste del mercado de sal, en el Calton; al lado de la Calle Alta, etc., laberintos interminables de callejuelas estrechas o wynds, y donde desembocan casi a cada paso patios o callejones sin salida; constituidos por viejas casas mal ventiladas, muy altas, sin agua y decrepitas: Esas casas rebosan literalmente de inquilinos; en cada piso hay tres o cuatro familias -tal vez 20 personas- y a veces cada piso es alquilado como dormitorio por la noche, de suerte que 15 ó 20 personas son apiñadas -no osamos decir albergadas- en una sola pieza. Esos barrios albergan los miembros más pobres, más depravados; menos valiosas de la población y hay que ver en ello el origen de terribles epidemias de fiebre que, partiendo de allí, asuelan a Glasgow todo entero."

Veamos la descripción que hace de estos barrios J. C. Symans, comisionado del gobierno para la investigación de la situación de los tejedores manuales*:

* **Arts and Artisan at home and Abroad** (Oficios y artesanos en nuestro país y en el extranjero), por J. C. Symons, Edimburgo, 1839. El autor, que parece ser escocés, es un liberal, y por tanto fanáticamente opuesto a todo movimiento obrero autónomo. Los (...) pasajes citados se hallan en pp. 116 y ss. (F.E.)

"yo he visto la miseria en algunos de sus peores aspectos tanto aquí como en el continente; pero antes de visitar los wynds de Glasgow, no creía que pudieran existir tantos crímenes, miserias y enfermedades en un país civilizado. En los albergues de categoría inferior duermen en el suelo diez, doce, incluso a veces veinte personas de ambos sexos y de todas las edades en una desnudez más o menos total. Esos albergues están habitualmente (generally) tan sucios, tan húmedos y tan destortalados que nadie alojaría en ellas su caballo."

Y él escribe en otra parte:

"Los wynds de Glasgow albergan una población que fluctúa entre 15000 y 30000 personas. Este barrio se compone únicamente de callejuelas estrechas y de patios rectangulares, en medio de las cuales se levanta regularmente un montón de basura. No obstante lo repugnante del aspecto exterior de esos lugares, yo estaba sin embargo poco preparado para enfrentarme a la suciedad y la miseria que reinan en el interior. En algunos de esos dormitorios, que nosotros (el superintendente de policía, Miller y Symons) hemos visitado de noche, hallamos una capa ininterrumpida de seres humanos tendidos en el suelo, a menudo de 15 a 20, unos vestidos, otros desnudas, hombres y mujeres juntos. Su cama estaba hecha de paja mohosa mezclada con algunos trapos. Había pocos muebles o ninguno, y la única cosa que daba a esos cuchitriles un aspecto de habitación era un fuego en la chimenea. El robo y la prostitución representan la principal fuente de ingresos de esta población. Nadie parecía tomarse el trabajo de limpiar esos establos de Augías, esa olla de grillos, ese conglomerado de crímenes, de suciedad y de pestilencia en el corazón de la segunda ciudad del imperio. Una amplia inspección de los peores barrios de otras ciudades, jamás me hizo ver nada que por la intensidad de la infección moral y física ni la densidad relativa de la población llegara a la mitad de este horror. La mayoría de las casas de este barrio están clasificadas por el Court of Guild

como ruinosas e inhabitables, pero son precisamente éstas las que son más habitadas, porque la ley prohíbe que se cobre alquiler por ellas."

La gran región industrial en el centro de la isla británica, la zona populosa del Yorkshire occidental y del Lancashire meridional no le cede en nada, con sus numerosas ciudades industriales, a las otras grandes ciudades. La región lanera del Riding occidental, Yorkshire, es un país encantador, un bello país de colinas reverdecientes, cuyas alturas devienen cada vez más abruptas hacia el oeste hasta culminar en la cima escarpada de Blackston Edge -línea divisoria de las aguas entre el Mar de Irlanda y el Mar del Norte. Los valles del Aire, en el que está situada Leeds, y del Calder, que sigue la vía férrea Manchester-Leeds, se cuentan entre los más placenteros de Inglaterra y están sembrados por todas partes de fábricas, de aldeas y de ciudades. Las casas grises de sillería tienen un aspecto tan elegante y limpio en comparación con los edificios de ladrillo, negros de hollín, del Lancashire, que son un placer. Pero cuando se entra en las ciudades propiamente, se hallan pocas cosas regocijantes. La situación de Leeds es en efecto la que describe el *Artizan* (revista ya citada) y que he podido ver yo mismo,

"en una pendiente suave que desciende en el valle del Aire. Este río serpentea a través de la ciudad en una longitud de alrededor de milla y media* y está sujeto, durante el período de deshielo o luego de precipitaciones violentas, a fuertes crecidas. Los barrios del oeste, situados más alto, son limpios, para una ciudad tan grande, pero los barrios bajos junto al río y los arroyuelos (becks) que en él desembocan son sucios, angostos y suficientes ya, en suma, para abreviar la vida de los habitantes, en particular de los niños. A ello hay que añadir el estado repugnante en que se hallan los

* Por todas partes donde se hace mención de **milla** sin otra precisión, se trata de la medida inglesa; el grado del ecuador computa 691/2 de ella y, por consecuencia, la legua alemana alrededor de 5. (F.E.).

barrios obreros alrededor de Kirkgate, March Lane, Cross Street y Richmond Road, que se destacan particularmente por las calles mal pavimentadas y sin cunetas, una arquitectura irregular, de numerosos patios y callejones sin salida y la ausencia total de los medios más ordinarios de limpieza. Todo ello tomado en conjunto nos proporciona muchas razones para explicar la mortalidad excesiva en esos desdichados feudos de la más sordida miseria. Debido a las crecidas del Aire (que, hay que añadir, como todos los ríos utilizables por la industria, entra en la ciudad claro, transparente, para salir de ella pegajoso, negro y hediondo con todas las inmundicias imaginables), las viviendas y los sótanos se inundan frecuentemente de agua hasta el punto que hay que bombeárla para la calle; en tales ocasiones el agua, incluso donde hay cloacas, se introduce en los sótanos*, provocando emanaciones miasmáticas, de muy fuerte proporción de hidrógeno sulfuroso y dejando un sedimento nauseabundo sumamente perjudicial para la salud. Cuando las inundaciones de la primavera del año 1839, los efectos de semejante tupición de las cloacas fueron tan nocivos que, según el informe del funcionario del registro civil de ese barrio, hubo en el trimestre tres decesos por cada dos nacimientos, en tanto que, en el mismo período, todos los demás barrios registraron tres nacimientos por cada dos decesos."

Otros barrios con una fuerte densidad de población, están desprovistos de toda alcantarilla, o son tan inadecuadas que resultan inútiles. En ciertas hileras de casas los sótanos raramente están secos; en otros barrios, varias calles están cubiertas de un fango blando donde se hunde uno hasta los tobillos. De cuando en cuando los vecinos han tratado de reparar esas calles, echando paletadas de cenizas; sin embargo, las aguas de albañal se estancan frente a las casas hasta que el viento y el sol las seca (cf. informe del Consejo Municipal en la

* Hay que tener presente que estos "sótanos" no son cuartos de desahogo sino viviendas donde viven seres humanos. (F.E.)

Statistical Journal, vol. 2 p. 404). Una vivienda ordinaria en Leeds no ocupa una superficie superior a 5 yardas cuadradas y se compone generalmente de sótano, sala común y una habitación de dormir. Estas viviendas exigüas, llenas noche y día de seres humanos representan además un peligro tanto para las costumbres como para la salud de los habitantes. Y hasta qué punto la gente se apiña en ellas, nos lo dice el informe citado anteriormente sobre el estado sanitario de la clase obrera:

"En Leeds, hallamos hermanos y hermanas y huéspedes de ambos sexos, compartiendo la habitación de los padres; el sentimiento humano se estremece al considerar las consecuencias que resultan de ello."

Lo mismo ocurre en Bradford, que se halla a sólo 7 leguas de Leeds, en la confluencia de varios valles, junto a un pequeño río de aguas negras y nauseabundas. Desde lo alto de las colinas que la rodean, la ciudad ofrece en un domingo apacible -porque durante la semana se halla envuelta en una nube gris de humo de carbón- un magnífico panorama, pero en su interior existe la misma suciedad y la misma inconveniencia que en Leeds. Los viejos barrios, en las vertientes empinadas, son apretados y construidos irregularmente; en las callejuelas, callejones sin salida y patios, se amontonan basuras e inmundicias; las casas se hallan en estado ruinoso, sucias, incómodas y muy cerca del río al fondo mismo del valle, hallé varias con la planta baja medio hundida en el flanco de la colina y eran enteramente inhabitables. De modo general, los barrios del fondo del valle, donde las viviendas obreras se hallan comprimidas entre las grandes fábricas, son los peor construidos y los más sucios de toda la ciudad. En los barrios más nuevos de esta ciudad, como en aquellos de cualquiera otra ciudad industrial, las viviendas se hallan alineadas más regularmente, pero tienen los mismos inconvenientes que corren parejos con la manera tradicional de alojar a los obreros y de lo cual volveremos a hablar con más detalles a propósito de Manchester. Igual ocurre en las otras ciudades del West

Riding, especialmente en cuanto a Barnsley, Halifax y Huddersfield. Esta última, por su ubicación admirable y su arquitectura moderna, con mucho la más bella de todas las ciudades industriales del Yorkshire y del Lancashire, tiene sin embargo sus malos barrios. Así, un comité designado por una reunión de ciudadanos para inspeccionar la ciudad, informó el 5 de agosto de 1844:

"Es notorio que en Huddersfield calles enteras y numerosas callejuelas y patios no están pavimentados, ni poseen alcantarillas u otros desagües; en esos lugares se amontonan los detritos, las inmundicias y las suciedades de todo género, que se fermentan y pudren y casi por todas partes el agua estancada se acumula en charcas; en consecuencia, las viviendas entretanto son necesariamente malsanas y sucias, de modo que surgen enfermedades que amenazan la salubridad de toda la ciudad."(25)

Si franqueamos la cima de Blackstone Edge a pie, o si tomamos el ferrocarril que la atraviesa, arribamos a la clásica tierra donde la industria inglesa ha lograda su obra maestra y de donde parten todos los movimientos obreros, en el Lancashire meridional con su gran centro, Manchester. Aquí también, encontramos un bonito país de colinas que descienden en pendiente muy suave hacia el oeste, desde la línea divisoria de las aguas hasta el Mar de Irlanda, con los encantadores valles reverdecieros del Ribble, del Irwell, y del Mersey y de sus afluentes: Esta región, que todavía hace un siglo en su mayor parte no era más que un pantano apenas habitada, ahora cubierta de ciudades y pueblos, es la zona más poblada de Inglaterra. En el Lancashire, y particularmente en Manchester, es donde la industria británica tiene su punto de partida y su centro. La Bolsa de Manchester es el termómetro de todas las fluctuaciones de la actividad industrial, y las técnicas modernas de fabricación han alcanzado en Manchester su perfección. En la industria textil del Lancashire meridional, la utilización de las fuerzas de la naturaleza, la sustitución del trabajo manual por las máquinas (en particular, con el telar mecánico y la Self-

actor Mule) y la división del trabajo parecen estar en su apogeo; y si hemos reconocido en estos tres elementos las características de la industria moderna, tenemos que admitir que, también en este punto, la industria de transformación del algodón ha conservado sobre las demás ramas industriales la ventaja que había adquirido desde el comienzo. Pero es aquí también que, simultáneamente, las consecuencias de la industria moderna habrían de desarrollarse del modo más completo y bajo la forma más pura, y el proletariado industrial manifestarse de la manera más clásica. La humillación en que la utilización del vapor, las máquinas y la división del trabajo sumen al trabajador, y los esfuerzos del proletariado por escapar a esta situación degradante, habrían de ser necesariamente, aquí también, llevados al extremo y donde habría de tomarse conciencia más clara de ello. Es por estas razones, porque Manchester es el tipo clásico de la ciudad industrial moderna y también porqué yo la conozco como a mi ciudad natal -y mejor que la mayoría de sus habitantes- es que nos detendremos en ella un poco más extensamente.

Las ciudades que circundan a Manchester difieren poco de la ciudad central en lo que concierne a los barrios obreros¹⁹, a no ser que en esas ciudades los obreros representan, si ello es posible, una fracción más importante todavía de la población. Estas aglomeraciones son en efecto únicamente industriales y dejan a Manchester el cuidado de ocuparse de todas las cuestiones comerciales; ellas dependen totalmente de Manchester, y por consiguiente son habitadas sólo por trabajadores, industriales y comerciantes de segundo orden; mientras que Manchester posee una población comercial muy importante, sobre todo de firmas comerciales y de ventas al detalle de mucha reputación. Por eso Bolton, Preston, Wigan, Bury, Rochdale, Middleton, Heywood, Oldham, Ashton, Stalybridge, Stockport, etc., aunque todas sean ciudades de 30, 50, 70 y hasta de 90 mil habitantes, apenas no son más que

¹⁹ (1845) **Arbeitsbezirke** (barrios donde se trabaja). (1892) **Arbeiterbezirke** (barrios obreros, donde viven los obreros).

grandes barrios obreros, interrumpidos solamente por fábricas y grandes arterias flanqueadas de tiendas, y contando con algunas avenidas pavimentadas, a lo largo de las cuales se hallan los jardines y las casas de los fabricantes que parecen villas. Las ciudades en sí son mal e irregularmente construidas, con patios sucios, vías estrechas y callejuelas traseras llenas de humo de carbón. El empleo del ladrillo, primitivamente rojo vivo pero ennegrecido por el humo, que aquí es material habitual de construcción, les da un aspecto particular poco agradable. Las habitaciones bajo tierra son aquí la regla general; por todas partes donde es posible se instalan esos cubiles y en ellos vive una parte muy importante de la población.

Entre las más feas de estas ciudades, hay que incluir con Preston y Oldham, a Bolton, situada a once leguas al noroeste de Manchester. Esta ciudad posee, según he podido observar personalmente, sólo una calle principal, y para eso bastante sucia, Deansgate, que sirve al mismo tiempo de mercado, y que, incluso cuando hace buen tiempo, no es más que un pasadizo estrecho oscuro y miserable, si bien aparte de las fábricas sólo hay allí casas bajas de una o dos plantas. Como por todas partes, la parte antigua de la ciudad es particularmente vetusta e incómoda. Una corriente de agua negra -de la cual no puede definirse si es un riachuelo o larga serie de charcas pestilentes- la atraviesa y contribuye a corromper completamente un aire que no tiene nada de puro.

Más lejos se halla Stockport que, aunque situada junto al Mersey y perteneciente al condado de Cheshire, forma parte, sin embargo, del distrito industrial de Manchester. Ella se extiende en un valle paralelamente al Meres, de suerte que de un lado la calle desciende perpendicularmente para remontar del otro lado en pendiente igualmente pronunciada, y la vía férrea de Manchester a Birmingham atraviesa el valle más arriba de la ciudad por un gran viaducto. Stockport tiene fama en toda la región de ser una de las pequeñas localidades más sombrías y más ennegrecidas por el humo y ofrece efectivamente -sobre todo vista desde el viaducto- un aspecto

sumamente poco atractivo. Pero el que ofrece las hileras de casitas y cubiles que habitan los proletarios en toda la ciudad, desde el fondo del valle hasta las cimas de las colinas, lo es todavía mucho menos. No recuerdo haber visto en ninguna ciudad de esa región semejante proporción de sótanos habitados.

A unas millas apenas al noreste de Stockport se halla Ashton-under-Lyne, uno de los centros industriales más recientes de la región. Esta localidad, situada en la vertiente de una colina al pie de la cual: fluyen el canal y el río Tame, está construida, en general, según un plan moderno y más regular. Cinco o seis grandes calles paralelas atraviesan toda la colina y son cortadas en ángulo derecho por otras arterias que descienden hacia el valle. Gracias a esta disposición, las fábricas son relegadas: fuera de la ciudad propiamente dicha; y es de suponer que la proximidad del agua y de la vía fluvial las haya atraído al fondo del valle, donde se concentran y amontonan, echando por chimeneas un humo espeso. Esto hace que Ashton tenga un aspecto mucho más agradable que la mayoría de las demás ciudades industriales; las calles son anchas y limpias, los cottages de un rojo brillante parecen nuevos y muy habitables. Pero el nuevo sistema que consiste en construir cottages para los trabajadores, tiene asimismo su lado malo; cada calle posee una callejuela trasera, oculta, a donde lleva un estrecho pasaje lateral y que, en cambio, es tanto más sucio. E incluso en Ashton -aunque yo no haya visto edificios, sino algunos a la entrada de la ciudad que tengan más de cincuenta años hay calles donde los cottages son feos y vetustos y cuyos ladrillos se deterioran, donde los muros se agrietan, cuya capa de cal se desmorona y cae al interior; calles cuyo aspecto sórdido y de color sombrío no le cede en nada al de las otras ciudades de la región, a no ser que Ashton es la excepción y no la regla.

Una milla más al este, se halla Stalybridge; igualmente a orillas del Tame. Cuando viniendo de Ashton se atraviesa la montaña; se descubre en la cima, a la derecha y a la izquierda,

bellos y grandes jardines que circundan magníficas casas, género de villas casi siempre en el estilo "isabelino", que es con respecto a lo gótico, lo que es la religión protestante anglicana con respecto a la religión católica apostólica y romana. Cien pasos más adelante, y Stalybridge es lo que aparece en el valle, pero ¡qué contraste sorprendente con estas magníficas propiedades, e incluso con los modestos cottages de Ashton! Stalybridge está situada en una garganta estrecha y tortuosa, mucho más estrecha todavía que el valle de Stockport, y cuyas dos vertientes están cubiertas de una extraordinaria maraña de cottages, casas y fábricas. Desde que se entra allí, las primeros cottages son exigüos, ennegrecidos por el hollín, vetustos y deteriorados, y así, por el estilo, en el resto de la ciudad. Hay pocas calles en el fondo estrecho del valle; la mayoría se cruzan y entrecruzan, suben y descienden. En casi todas las casas; la planta baja, debido a esta disposición en pendiente, se halla medio hundida en el suelo; esta construcción sin plan da lugar a una multitud de patios, de callejones escondidos y de recodos aislados; esto puede verse desde las montañas, desde donde se descubre la ciudad debajo de uno; como si la sobrevolara. Añádase a ello una suciedad increíble, y se comprende la impresión repugnante que hace Stalybridge pese a sus encantadores alrededores

Hasta aquí es suficiente sobre pequeñas ciudades: Todas ellas tienen su sello particular, pero a fin de cuentas allí los trabajadores viven exactamente como en Manchester: Sólo me he fijado en: el aspecto particular de su construcción, y me limito a señalar que todas las observaciones generales sobre el estado de las viviendas obreras en Manchester; se aplican igualmente en su totalidad a las ciudades circundantes. Pasemos ahora a este mismo gran centro.

Manchester se extiende al pie de la vertiente de una cadena de colinas que, partiendo de Oldham, atraviesa los valles del Irwell y del Medlock y cuya última cima, el Kesall-Moor, es al mismo tiempo el hipódromo y el monssacer²⁰(26) de

²⁰ heilige Berg: Monte Sagrado

Manchester, La ciudad propiamente dicha está situada en la ribera izquierda del Irwell, entre esta corriente de agua y otras dos más pequeñas, el Irk y: el Medlock, que desembocan en este lugar en el Irwell: En la orilla derecha de éste, encerrada en una gran cueva del río, se extiende Salford, más al oeste Pendleton; al norte del Irwell se hallan Higher y Lower Borughton, al norte del Irk, Cheetham Hill; al sur del Medlock, se halla Hulme, más al este Chorlton-on-Medlock, más lejos aún, poco más o menos al este de Manchester, Ardwick. Todo este conjunto se llama corrientemente Manchester y cuenta por lo menos con 400000 habitantes, sino más. La ciudad misma está construida de una manera tan particular que se puede vivir allí durante años, entrar y salir de ella diariamente sin divisar jamás un barrio obrero, ni encontrarse con obreros, si uno se limita a dedicarse a sus asuntos o a pasear. Pero ello se debe principalmente a que los barrios obreros -por un acuerdo inconsciente y táctico, así como por intención consciente y declarada- son separados con el mayor rigor de las partes de la ciudad reservadas para la clase media, o bien, cuando esto es imposible, disfrazados con el manto de la caridad. En su centro, Manchester abriga un barrio comercial bastante extenso, alrededor de media milla de largo y ancho, compuesto casi únicamente de oficinas y almacenes de depósito (warehouses). Casi todo este barrio está inhabitado, y aparece desierto y vacío durante la noche; únicamente las patrullas de policía con sus linternas circulan por sus calles estrechas y sombrías.

Esta parte está surcada por grandes arterias de mucho tráfico y la planta baja de los edificios se hallan ocupadas por tiendas elegantes. En estas calles, aquí y allá se hallan pisos habitados, y hasta tarde en la noche reina una gran animación. Con la excepción de este barrio comercial, toda la ciudad de Manchester propiamente dicha, todo Salford y Hulme, una importante parte de Pendleton y Chorlton, dos tercios de Ardwick y algunos barrios de Cheetham Hill y Broughton, no son sino un distrito obrero que circunda el barrio comercial como un cinturón cuya anchura promedio es de una milla y media. Más allá de este cinturón, viven la burguesía mediana y



la alta burguesía -la mediana burguesía en calles regulares, cercanas al barrio obrero, en particular en Chorlton y en las regiones de Cheetham Hill situadas más abajo, la alta burguesía en las casas con jardín, del tipo de villa, más alejadas, en Chorlton y Ardwick, o bien en las alturas de Cheetham Hill, Broughton y Pendleton- en el ambiente saludable de la campiña, en viviendas espléndidas y cómodas, servidas cada media hora o cada un cuarto de hora por ómnibus que conducen a la ciudad. Y lo más bonita es que los ricos aristócratas de las finanzas pueden, al atravesar todos los barrios obreros por el camino más corto, trasladarse a sus oficinas en el centro de la ciudad sin fijarse siquiera que flanquean la más sórdida miseria a derecha e izquierda.

En efecto, las grandes arterias que, partiendo de la Bolsa, conducen fuera de la ciudad en todas las direcciones, están flankeadas a ambos lados de una fila casi interminable de tiendas y así se hallan a la mano de la pequeña y mediana burguesía que, aunque sólo sea por interés propio, tienen mucho cierto decoro y propiedad, y poseen los medios para ello. Desde luego, esas tiendas tienen sin embargo cierto parecido con los barrios que se hallan detrás de ellas, y son por consiguiente más elegantes en el distrito de negocios y cerca de los barrios burgueses que allí donde ocultan los cottages obreros desaseados.

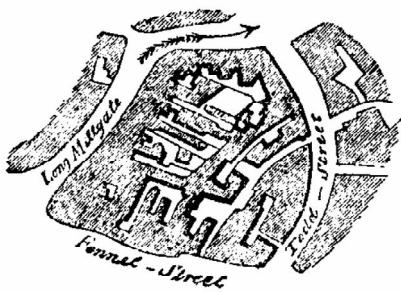
Pero en todo caso son suficientes para disimular a los ojos de los ricos, señores y señoritas de estómago robusto y de nervios débiles, la miseria y la suciedad, complemento de su riqueza de su lujo. Así sucede, por ejemplo, con Deansgate que, de la vieja iglesia, conduce rectamente hacia el sur, bordeada al comienzo por almacenes y fábricas, luego por tiendas de segundo orden y algunos bares; más al sur, donde termina el distrito comercial, por tiendas menos relucientes que, a medida que se avanza, devienen más sucias y cada vez son más numerosos los cabarets y tabernas, hasta que en el extremo sur el aspecto de los establecimientos no deja lugar a dudas de la calidad de los clientes: son obreros únicamente. Lo mismo sucede con Market

Street, que parte de la Bolsa en dirección del sudeste. Hay primeramente brillantes tiendas de primer orden, y en los pisos superiores oficinas y almacenes; más lejos, a medida que se avanza (Piccadilly), gigantescos hoteles y almacenes de depósito; más lejos aún (London Road) en la región del Medlock, fábricas, bares, tiendas para la pequeña burguesía y los obreros; después, cerca de Ardwick Green, viviendas reservadas para la alta y mediana burguesía, y a partir de allí, grandes jardines y grandes casas de campo para los más ricos industriales y comerciantes. De esa manera, si se conoce a Manchester, se puede *deducir* del aspecto de las calles principales, el aspecto de los barrios contiguos; pero, desde esas calles es difícil descubrir *realmente* los barrios obreros. Yo sé muy bien que esa disposición hipócrita de las construcciones es más o menos común de todas las grandes ciudades; yo sé igualmente que los comerciantes al por menor deben, a causa de la naturaleza misma de su comercio, monopolizar las grandes arterias; sé que por todas partes se ve, en las calles de ese género, más casas bellas que feas, y que el valor del terreno que las circunda es más elevado que en los barrios apartados. Pero en ninguna otra parte como en Manchester he comprobado el aislamiento tan sistemático de la clase obrera, mantenida apartada de las grandes vías, un arte además delicado de disfrazar todo lo que pudiera ofender la vista o los nervios de la burguesía. Y sin embargo, la construcción de Manchester, precisamente, responde menos que aquélla de toda otra ciudad a un plan preciso, o a reglamentos de policía; más que toda otra ciudad, su disposición se debe al azar; y cuando pienso entonces en la clase media, que declara con prontitud que los obreros se conducen lo mejor del mundo, me da la impresión de que los industriales liberales, los *big whigs* de Manchester, no son enteramente inocentes de esa púdica disposición de los barrios.

Mencionaré asimismo que casi todas las industrias se establecen junto a las tres corrientes de agua o de los diferentes canales que se ramifican a través de la ciudad, y describiré ahora los barrios obreros propiamente dichos. Tenemos en

primer lugar la ciudad de Manchester, entre el límite norte del distrito comercial y el Irk. Allí las calles, incluso las mejores, son estrechas y tortuosas -Todd Street, Long Millgate, Withy Grove, y Shudehill por ejemplo- las casas son sucias, vetustas, deterioradas, y las calles adyacentes enteramente horribles. Cuando, viniendo de la vieja iglesia, se entra en Long Millgate, vemos inmediatamente a la derecha una hilera de casas de estilo antiguo, donde ni una sola fachada ha permanecido vertical; son los vestigios de la vieja Manchester de la época preindustrial, cuyos antiguos habitantes han emigrado con sus descendientes hacia barrios mejor construidos, abandonando las casas que hallaban demasiado inconvenientes para una raza de obreros fuertemente cruzada con sangre irlandesa. Nos hallamos aquí realmente en un barrio obrero apenas camuflado, pues ni las tiendas ni las tabernas de la calle se toman el trabajo de parecer limpias. Pero esto no es nada en comparación con las callejuelas y patios traseros, a donde se llega por pasadizos estrechos y cubiertos por los que apenas pueden cruzarse dos personas.

Es imposible de imaginar la aglomeración desordenada de las casas literalmente hacinadas las unas sobre las otras, verdadero desafío a toda arquitectura racional. Y, a este respecto, no se trata solamente de construcciones que datan de la antigua Manchester. Es en nuestra época cuando la confusión ha sido llevada al colmo, pues por todas partes donde el urbanismo de la época anterior dejaba todavía un pequeño espacio libre, se ha construido y reparado chapuceramente hasta que al fin ya no queda entre las casas ni una pulgada libre donde sea posible construir. Como prueba reproduzco aquí un pequeño fragmento del plano de Manchester: por cierto que los hay peores, y el mismo no representa la décima parte de la antigua ciudad.



Este croquis bastará para caracterizar la arquitectura insensata de todo el barrio, en particular cerca del Irk. La orilla sur del Irk aquí es muy abrupta y de una altura de 15 a 30 pies; sobre esta pared inclinada, todavía se construyen casi siempre tres hileras de casas, de las cuales la más baja emerge directamente del río, en tanto que la fachada de la más alta se halla al nivel de la cima de las colinas de Long Millgate. En los espacios intermedios hay, además, fábricas junto a las corrientes de agua. En suma, la disposición de las casas es aquí tan apretada y desordenada como en la parte baja de Long Millgate. A la derecha y a la izquierda, una multitud de pasajes cubiertos conducen de la calle principal a los numerosos patios y, cuando se penetra allí, encontramos una suciedad y una insalubridad nauseabundas sin igual, en particular en los patios que descienden hacia el Irk y donde se hallan verdaderamente las más horribles viviendas que yo haya podido ver hasta el presente. En uno de esos patios hay justamente a la entrada, al extremo del corredor cubierto, retretes sucios y tan inmundos que los vecinos no pueden entrar o salir del patio sino atravesando un mar de orina pestilente y de excrementos que circundan los retretes; es el primer patio a la orilla del Irk río arriba de Ducie Bridge en caso de que alguien deseara ir allí para comprobarlo. Abajo, a orillas del río, hay varias tenerías que llenan toda la zona de la hediondez resultante de la descomposición de materias orgánicas.

En los patios río abajo de Ducie Bridge, hay que descender casi siempre por escaleras estrechas y sucias para llegar a las casas y atravesar los cúmulos de detritos e inmundicias. El primer patio río abajo de Ducie Bridge se llama Allen's Court; cuando la epidemia de cólera (1832), se hallaba en tal estado que las autoridades sanitarias lo hicieron evacuar, limpiar y desinfectar con cloro; el Dr. Kay da en un folleto* una descripción

* **The Moral and Physical Condition of the Working Classes, employed in the Cotton Manufacture in Manchester,** [Estado moral y físico de las clases trabajadoras empleadas en la industria del algodón en

horrorosa del estado de este patio en esa época. Desde entonces, parece haber sido demolido por algunos lugares y reconstruido; en todo caso, desde lo alto del Ducie Bridge se perciben todavía varios pedazos de paredes en ruinas y grandes montones de escombros, junto a casas de construcción más reciente. El panorama que se observa desde este puente -delicadamente oculto a los mortales de pequeña estatura por un parapeto de piedra a la altura de un hombre- es por otra parte característico de todo el barrio. Abajo fluye, o más bien se estanca el Irk, riachuelo oscuro como la pez y de olor nauseabundo, lleno de inmundicias y detritos que deposita sobre la orilla derecha que es más baja. En tiempo de seca, subsiste en este río toda una serie de parches fangosos, fétidos, de un verde negruzco, desde el fondo de los cuales suben burbujas de gas mefítico que despiden un tufo que, incluso desde lo alto del puente, a 40 ó 50 pies sobre el agua, todavía es insopportable. El propio río, además es retenido casi a cada paso por grandes obstáculos detrás de los cuales se depositan en masa el fango y los desperdicios que allí se descomponen. Río arriba desde el puente, se levantan grandes tenerías más allá tintorerías, fábricas de carbón de huesos y fábricas de gas, cuyas aguas usadas y desperdicios terminan todos en el Irk que recibe además el contenido de las cloacas y retretes que allí desaguan. Río abajo, desde el puente, se ve por encima de los montones de basura, las inmundicias, la suciedad y el deterioro de los patios, situados sobre la escarpada orilla izquierda: Las casas están apiñadas las unas contra las otras y la pendiente del río permite percibir sólo una fracción de ellas, todas ennegrecidas de hollín, decrépitas, vetustas, con sus ventanas de cristales rotos. Al fondo se hallan antiguas fábricas que parecen cuarteles. En la orilla derecha muy llana, se levanta una larga fila de casas y fábricas. La segunda casa está en ruinas, sin techo, llena de escombros, y la planta baja no tiene puertas ni ventanas y por tanto es inhabitable. Al fondo, de este lado, se hallan el cementerio de pobres, las estaciones del ferrocarril de

Manchester) por James Ph. Kay D. M., 2da. ed. 1832. Confunde la clase obrera en general con la clase de los trabajadores industriales; por lo demás, excelente. (F.E.)

Liverpool y de Leeds y detrás, el asilo de pobres, "*la bastilla de la ley de pobres*" de Manchester que, parecida a una ciudadela, mira desde lo alto de una colina, al abrigo de altas murallas y de almenas amenazadoras, el barrio obrero que se extiende enfrente.

Río arriba del Ducie Bridge, la orilla izquierda baja y la derecha en cambio se hace más abrupta; pero el estado de las casas a ambos lados del Irk tienden más bien a empeorar. Si uno abandona la calle principal -Long Millgate- y dobla a la derecha, se pierde; pasa de un patio a otro; todos son cantones, callejones estrechos sin salida y pasadizos asquerosos, y al cabo de unos minutos está completamente desorientado y no sabe ya del todo a dónde dirigir sus pasos. Por todas partes, edificios casi o completamente en ruinas -algunos de ellos están realmente inhabitados, y aquí esto quiere decir mucho-, casas sin piso, ventanas y puertas rotas, mal ajustadas, ¡y que suciedad! Hay montones de escombros, de detritos y de inmundicias por todas partes; charcas estancadas en vez de alcantarillas, y un hedor que por sí solo no permitiría a nadie, por poco civilizado que fuese, vivir en semejante barrio. La extensión, recientemente terminada, del ferrocarril de Leeds, que atraviesa el Irk aquí, ha hecho desaparecer una parte de esos patios y callejuelas, pero en cambio ha expuesto otros a la vista. Así, precisamente junto al puente del ferrocarril hay un patio que supera con mucho a todos los demás en suciedad y en horror, justamente porque hasta ahora había estado tan apartado, tan retirado que sólo se podía llegar a él con gran trabajo; yo mismo no lo hubiera descubierto sin la abertura hecha por el ferrocarril, aunque yo creía conocer muy bien ese rincón. Pasando por una orilla desigual, entre estacas y tendederas, es como se entra en ese caos de pequeñas casuchas de una planta y una pieza, casi siempre sin piso, y que sirve a la vez de cocina, sala común y habitación para dormir. En uno de esos cuchitriles que apenas miden seis pies de largo por cinco de ancho, yo he visto dos camas ¡y qué camas y qué ropa de cama! que, con una escalera y un fogón, llenaban toda la pieza. En varios otros, no vi absolutamente nada, aunque la puerta

estaba abierta de par en par y los moradores recostados a ella. Delante de las puertas, por todas partes escombros y basuras; no se podía ver si el suelo estaba pavimentado, sólo se podía pisar en firme en algunos lugares. Toda esta multitud de establos, habitados por seres humanos, estaban limitados en dos lados por casas y una fábrica, en el tercero por el río y, aparte del pequeño sendero de la orilla, sólo se salía de allí por una angosta puerta cochera que daba a otro laberinto de casas, casi tan mal construidas y conservadas como éstas. Estos ejemplos son suficientes.

Así es como está construida toda la ribera del Irk, caos de casas plantadas confusamente, más o menos inhabitables y cuyo interior se haya en perfecta armonía con la suciedad de los alrededores. Por eso, ¡cómo quiere usted que las personas sean limpias! Ni siquiera hay facilidades para las necesidades más naturales y cotidianas. Aquí los retretes son tan raros que, o bien se llenan cada día, o bien se hallan demasiado lejos para la mayoría de la gente. ¿Cómo quiere usted que se lave la gente, si sólo dispone de las aguas sucias del Irk, y las canalizaciones y las bombas no existen sino en los barrios decentes? Verdaderamente no se puede hacer reproche a esos ilotas de la sociedad moderna, si sus viviendas no son más limpias que las pocilgas que se encuentran aquí y allá en medio de ellos. Los propietarios no se avergüenzan de alquilar viviendas como los seis o siete sótanos que dan a la calle situada a la orilla del río, inmediatamente río abajo del Scotland Bridge, y cuyo suelo está por lo menos dos pies por debajo del nivel de las aguas -cuando están bajas- del Irk que fluye a menos de seis pies de distancia; o bien como el piso superior de la casa de esquina, en la otra orilla, antes del puente, cuya planta baja es inhabitable, sin nada para tapar los huecos de las ventanas y de la puerta. Este es un caso que no es raro en esa zona; y esa planta baja abierta sirve comúnmente de lugar de desahogo para todo el vecindario por falta de locales apropiados.

Si dejamos el Irk para entrar del otro lado de Long Millgate, en el corazón de las viviendas obreras, arribamos a un barrio

poco más reciente que se extiende desde la iglesia St. Michel hasta Withy Grove y Shudehill. Aquí por lo menos hay un poco más de orden. En lugar de una arquitectura anárquica, hallamos al menos anchas callejuelas y callejones rectilíneos sin salida, o bien patios rectangulares que no son debidos al azar; pero si, anteriormente, era cada casa en particular, aquí son las callejuelas y los patios las que son construidos arbitrariamente, sin ningún cuidado de la disposición de los demás. Ora una callejuela va en una dirección, ora va en otra, se desemboca a cada paso en un callejón sin salida o en una rinconera que lo conduce a uno al punto de partida -quién no haya vivido en ese laberinto cierto tiempo, se pierde allí fácilmente. La ventilación de las calles -si se me permite usar esta palabra a propósito de ese barrio- y de los patios es tan imperfecta como a orillas del Irk; y si, no obstante, se debiera reconocer a este barrio cierta superioridad sobre el valle del Irk -es cierto que las casas son más recientes, y las calles tienen alcantarillas por trechos- posee igualmente en cambio, en casi cada casa, una vivienda subterránea, la cual existe sólo raramente en el valle del Irk, precisamente debido a la vetustez y el modo de construcción menos cuidadoso. Por lo demás, los montones de escombros y de cenizas, los charcos en las calles existen en ambos barrios y, en el distrito de que hablamos en este momento, comprobamos además otro hecho muy desventajoso para el aseo de los vecinos: el gran número de cerdos sueltos por las callejuelas escarbando en la basura o encerrados en los patios en pequeñas cochiqueras. Los criadores de cerdos alquilan aquí los patios, como en la mayoría de los barrios obreros de Manchester, e instalan cochiqueras. En casi todos los patios hay uno o más rincones separados del resto, donde los vecinos del lugar arrojan toda la basura y los detritos. Los cerdos se engordan en ellos, y la atmósfera de esos patios, ya cerrados por todos lados, es infestada debido a la putrefacción de las materias animales y vegetales. Se ha abierto una calle ancha y bastante conveniente a través de ese barrio -Miller Street- y disimulado el fondo con bastante éxito, pero si se deja uno arrastrar por la curiosidad en uno de los numerosos pasajes que conducen a los patios, podrá comprobar cada veinte pasos esta cochinada,

en el sentido exacto del término.

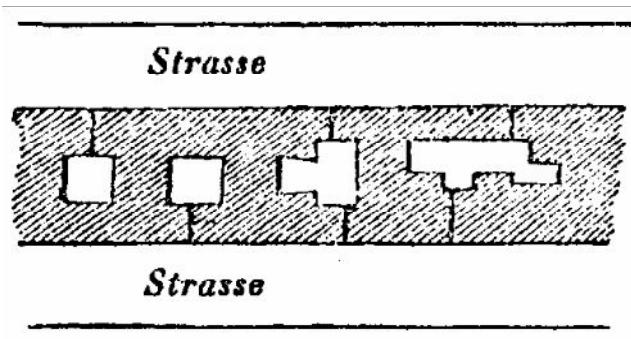
Tal es la antigua ciudad de Manchester: y al releer mi descripción, debo reconocer que lejos de ser exagerada me han faltado palabras adecuadas para exponer la realidad de la suciedad, la vetustez y la incomodidad que hay allí, ni hasta qué punto la construcción de ese barrio, donde viven entre 20 y 30 mil personas por lo menos, es un desafío a todas las reglas de la salubridad, la ventilación y la higiene. Y semejante barrio existe en el corazón de la segunda ciudad de Inglaterra, de la primera ciudad industrial del mundo. Si se quiere ver qué espacio reducido necesita el hombre para moverse; cuán poco aire -¡y qué aire! le es necesario en última instancia para respirar, a qué grado inferior de civilización puede subsistir, no hay más que visitar esos lugares. Desde luego, se trata de la *antigua* ciudad -es la excusa de la gente de aquí cuando se habla del estado espantoso de ese infierno sobre la tierra- pero, ¿qué decir? Todo lo que suscita aquí nuestro mayor horror y nuestra indignación es reciente y data de la *época industrial*. Los varios centenares de casas pertenecientes a la antigua Manchester han sido abandonadas desde hace tiempo por sus primeros moradores. No hay como la industria para haberlas atestado de las huestes de obreros que albergan actualmente, no hay como la industria para haber hecho construir sobre cada parcela que separaba esas viejas casas, a fin de tener alojamiento para las masas que hacían venir del campo y de Irlanda; no hay como la industria para permitir a los propietarios de esos establos el alquilarlos a precios de viviendas para seres humanos, explotar la miseria de los obreros, minar la salud de millares de personas únicamente en su provecho; no hay como la industria para haber hecho que el trabajador apenas liberado de la servidumbre, haya podido ser utilizado de nuevo como simple material, como una cosa, hasta el punto en que lo hiciera dejarse encerrar en una vivienda demasiado mala para cualquiera otro y que él tiene el derecho de dejar caer completamente en ruinas a cambio de su buen dinero. Sólo la industria ha hecho esto, ella no hubiera podido existir sin esos obreros, sin la miseria y el avasallamiento de

esos obreros. Es cierto, la disposición inicial de ese barrio era mala, no se podía sacar gran utilidad de ella; pero, ¿han hecho algo los propietarios de casas y la administración para mejorarla cuando se han puesto a construir allí? Al contrario; donde todavía había una parcela libre se construyó una casa, donde quedaba una abertura superflua se la cercó; el aumento en el valor de los bienes raíces ha corrido parejo con el desarrollo industrial y, mientras más se elevaba, más frenéticamente se fabricaba, sin consideración alguna por la higiene o la comodidad de los inquilinos, según el principio: *Por inconveniente que sea una casucha, siempre habrá un pobre que no pueda pagar una mejor*, siendo la única preocupación la de obtener la mayor ganancia posible. Pero, ¿qué quiere usted? es la antigua ciudad, y con este argumento se tranquiliza la burguesía. Veamos, pues cuál es el aspecto de la ciudad nueva (*the new town*).

La *ciudad nueva*, llamada también la ciudad irlandesa (*the Irish town*), se extiende más allá de la antigua ciudad en la falda de una colina arcillosa entre el Irk y St. George's Road. Aquí desaparece todo aspecto urbano. Hileras aisladas de casas, o formando un conjunto de calles, se elevan por trechos como pequeñas aldeas, sobre el suelo de arcilla desnudo, donde ni el césped crece. Las casas, o más bien los cottages, se hallan en mal estado, jamás reparadas, sucias, con viviendas en el sótano, húmedas y desaseadas; las calles no están pavimentadas ni tienen alcantarilla; en cambio contienen numerosas manadas de cerdos, encerrados en pequeños patios o cochiqueras o bien deambulan con toda libertad por la pendiente. Aquí las calles son tan fangosas que es necesario que el tiempo esté sumamente seco para poder esperar salir sin hundirse a cada paso hasta los tobillos. Cerca de St. George's Road, los diferentes islotes se encuentran, hay una fila interminable de callejuelas, callejones sin salida, calles traseras y patios cuya densidad y desorden se incrementan según se acerca uno al centro de la ciudad. En cambio, es cierto que muchas de esas vías se hallan pavimentadas o, por lo menos, provistas de aceras para los peatones y de alcantarillas; pero la suciedad, el

mal estado de las casas, y sobre todo los sótanos, siguen siendo los mismos.

Cabe hacer aquí algunas observaciones generales sobre la manera por la cual se construyen habitualmente los barrios obreros²¹ en Manchester. Hemos visto que en la antigua ciudad, casi siempre el azar era lo que presidía el agrupamiento de casas. Cada casa se construye sin tener en cuenta las demás, y los espacios de forma irregular entre las viviendas se llaman, por falta de otro término, patios (*courts*). En las partes un poco más recientes de ese mismo barrio, y en otros barrios obreros²¹ que datan de los primeros tiempos del desarrollo industrial, se nota un esbozo de plan. El espacio que separa dos calles es dividido en patios más regulares, casi siempre cuadrangulares, poco más o menos del modo siguiente:



Estos patios fueron dispuestos así desde el comienzo; las calles comunican con ellos por pasadizos cubiertos. Si ese modo de construcción desordenado era ya muy perjudicial para la salud de los vecinos, por cuanto impedía la ventilación, esta manera de encerrar a los obreros en patios enclaustrados, lo es todavía mucho más. Aquí, el aire no puede rigurosamente escaparse; las chimeneas de las casas - mientras no esté encendido el fuego- son las únicas salidas posibles para el aire

²¹ (1845) "barrios donde se trabaja": **Arbeitsviertel**. (1892) "barrios obreros": **Arbeitervierteln**.

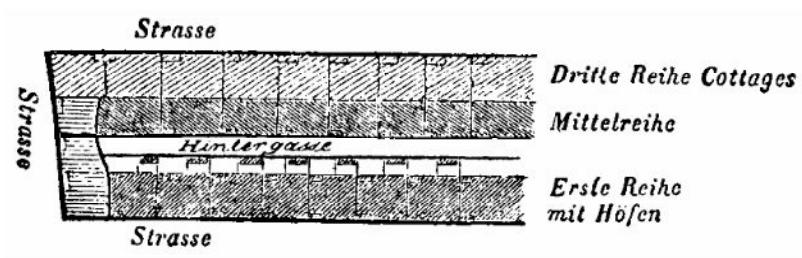
aprisionado en la trampa del patio.*

A ello hay que añadir que las viviendas en derredor de esos patios casi siempre se construyen en pares, siendo la pared del fondo mediana, y esto es suficiente para impedir toda ventilación satisfactoria y completa. Y como el policía de posta no se preocupa del estado de los patios (o patios), como todo lo que en ellos se arroja permanece allí tranquilamente, no hay que asombrarse de la suciedad y de los montones de cenizas y basuras que se acumulan. Yo he visitado patios -cerca de Millers Street- que se hallaban por lo menos medio pie por debajo del nivel de la calle principal, y que no tenía el menor conducto de desagüe para el agua de lluvia que se acumula en ellos.

Más tarde, se comenzó a adoptar otro estilo de construcción que ahora es más corriente. No se construyen cottages obreros aisladamente, sino por docenas, incluso por gruesas: un solo empresario construye de un golpe en una o varias calles. Las construcciones se hacen del modo siguiente: una de las fachadas (cf. el croquis) comprende cottages de primer orden que tienen la suerte de poseer una puerta trasera y un pequeño patio, y producen el alquiler más alto. Detrás de los muros del patio de este cottage hay una calle angosta, la calle trasera (back street), cerrada en los extremos, y a donde se llega lateralmente ya sea por un sendero estrecho, ya sea por un pasadizo cubierto. Los cottages que dan a esta callejuela pagan el alquiler más bajo, y son además, los más descuidados. El muro trasero es mediano con la tercera fila de cottages que dan

* Y, sin embargo, un sabio liberal inglés afirma en **el Childrens' Empl(oyment) Comm(ission) Report**, ¡qué esos patios o patios son la obra maestra de la arquitectura urbana, porque ellos mejoran como un gran número de pequeños lugares públicos, la ventilación y la renovación del aire! ¡Ah, si cada patio tuviera dos o cuatro accesos unos frente a otros, anchos y descubiertos, por donde el aire pudiera circular! Pero jamás tienen dos de ellos, muy raramente uno solo descubierto, y casi todos no tienen más que dos entradas estrechas y cubiertas (F.E.).

del lado opuesto a la calle, y producen un alquiler menos elevado que la primera fila, pero más elevado que la segunda. La disposición de las calles es por tanto poco más o menos ésta:



Este modo de construcción asegura una ventilación bastante buena a la primera fila de cottages y aquella de la tercera fila no es peor que aquella de la fila correspondiente en la disposición anterior; en cambio, la fila del medio es por lo menos tan mal ventilada como las viviendas de los patios, y las callejuelas traseras se hallan en el mismo estado de suciedad y de apariencia tan andrajosa como los patios. Los empresarios prefieren este tipo de construcción, porque aprovechan espacio y les da la ocasión de explotar más fácilmente a los trabajadores mejor pagados al exigirles alquileres más elevados por los cottages de la primera y tercera filas. Estos tres tipos de construcción de cottages se hallan en toda Manchester -e incluso en todo el Lancashire y el Yorkshire, a menudo confundidos, pero casi siempre suficientemente distintos para que pueda deducirse la edad relativa de los diferentes barrios de la ciudad. El tercer sistema, el de las "callejuelas traseras", predomina claramente en el gran barrio obrero, al este de St. George's Road, a ambos lados de Oldham y Great Ancoats St., también es muy frecuente en los demás distritos obreros de Manchester y en los suburbios.

En el gran barrio que acabamos de citar y que se designa con el nombre de Ancoats, es donde se hallan los canales, la

mayoría de las fábricas y las más importantes -edificios gigantescos de seis o siete pisos, que con sus chimeneas esbeltas dominan de muy alto los bajos cottages obreros. La población del barrio se compone por tanto, principalmente, de obreros industriales y en las calles peores de tejedores manuales. Las calles situadas en la proximidad inmediata del centro de la ciudad son las más antiguas, por ende las más malas, si bien están pavimentadas y tienen alcantarillado. Incluso en ellas las calles paralelas más cercanas: Oldham Road y Great Ancoats Street. Más al norte, hay muchas calles de construcción reciente; en ellas los cottages son de aspecto agradable y limpios; las puertas y ventanas son nuevas y recientemente pintadas, los interiores blanqueados propiamente; las calles mismas san más ventiladas, los espacios no construidos entre ellas más grandes y más numerosos, pero esto sólo se aplica a la minoría de las viviendas. Además, existen viviendas en los sótanos de casi todos los cottages, muchas de las calles no están pavimentadas y no tienen alcantarillado y sobre todo el aspecto agradable que no es más que una apariencia que desaparece al cabo de diez años. En efecto, el modo de construcción de los diferentes cottages no es menos condenable que la disposición de las calles. Esos cottages parecen a primera vista bonitos y de buena calidad, las paredes de ladrillos cautivan al transeúnte, y cuando se recorre una calle obrera de *construcción reciente*, sin fijarse en las callejuelas traseras y en el modo en que son construidas las propias viviendas, se es de la misma opinión de los industriales liberales quienes afirman que en ninguna parte los obreros se hallan tan bien alojados como en Inglaterra. Pero cuando uno se fija más detenidamente, descubre que las paredes de los cottages no pueden ser más delgadas. Las paredes exteriores, que soportan el sótano, la planta baja y el techo tienen, a lo sumo, el espesor de un ladrillo, así en cada capa horizontal, los ladrillos son colocados unos al lado de otros, en el sentido de la longitud, pero yo he visto muchos cottages de la misma altura -algunos incluso en construcción- donde las paredes exteriores no tenían más que medio ladrillo de grueso y donde éstos, por consiguiente, no estaban colocados en el sentido de la longitud,

sino en el de la anchura:



Ellos estaban colocados por el lado estrecho. Esto, en parte a fin de economizar materiales, y en parte porque los empresarios nunca son los propietarios del terreno: ellos no hacen más que arrendarlo, según la costumbre inglesa, por 20, 30, 40, 50 ó 90 años después de lo cual vuelve a la posesión, con todo lo que allí se halla, de su primer propietario, sin que éste tenga que entregar nada como indemnización de lo que se haya construido. El arrendatario del terreno calcula por tanto esas instalaciones de suerte que las mismas tengan el menor valor posible a la expiración del contrato; y como los cottages de ese género son construidos 20 ó 30 años antes de dicho término, es fácilmente concebible que los empresarios no deseen hacer gastos demasiado elevados en ellos. Hay que añadir que estos empresarios, casi siempre albañiles y carpinteros o industriales, sólo hacen pocas reparaciones o no hacen ninguna, en parte porque se acerca la expiración del arrendamiento del terreno construido, y que debido a las crisis económicas y a la penuria que sobreviene calles enteras, a menudo, permanecen desiertas; como consecuencia, los cottages se deterioran rápidamente y devienen inhabitables. En efecto, se calcula generalmente que las viviendas de los obreros sólo son habitables durante cuarenta años por término medio; ello puede parecer extraño, cuando se ven las bellas paredes macizas de cottages nuevos que al parecer deben durar algunos siglos, pero es así. La tacañería que preside la construcción, la falta sistemática de reparación, la inocupación frecuente de las viviendas, el constante y perpetuo cambio de inquilinos y, además, el vandalismo que ellos cometan (la mayoría son irlandeses) durante los últimos diez años en que el cottage es

habitables: con frecuencia arrancan la madera de construcción para hacer fuego; todo lo cual hace que al cabo de cuarenta años, los cottages no son más que ruinas. Por esta razón es que el distrito de Ancoats, cuyas casas datan solamente del desarrollo industrial, e incluso en gran parte solamente de este siglo, posee a pesar de todo muchos cottages vetustos y deteriorados, y que la mayoría de ellos ya ha alcanzado la última etapa de la habitabilidad. No quiero hablar aquí de la cantidad de capitales que han sido derrochados de ese modo, ni de como una inversión inicial un poco más elevada y pequeñas reparaciones después hubieran bastado para que todo ese barrio pudiera ser mantenido durante largos años limpio, decoroso y habitable. Lo único que me interesa es la situación de las casas y sus moradores y hay que decir muy claro que, para alojar a los obreros, no existe sistema más nefasto y desmoralizador que ése. El obrero es obligado a vivir en esos cottages en mal estado porque no puede pagar el alquiler de los mejores cottages, o bien porque no hay mejores en la vecindad de la fábrica, o tal vez porque los mismos pertenecen al industrial, y éste solamente contrata a aquellos que acepten ocupar una de esas viviendas. Desde luego, no hay que tomar al pie de la letra la duración de cuarenta años, porque si las viviendas se hallan situadas en un barrio de gran densidad de inmuebles y si por consiguiente, pese al alquiler más elevado, siempre hay oportunidades de encontrar arrendatarios, los empresarios hacen algún esfuerzo para asegurar la habitabilidad relativa de las viviendas más allá de los cuarenta años; pero incluso en este caso, ellos no superan el mínimo estricto y las viviendas reparadas son entonces precisamente las peores. De vez en cuando, cuando existe el peligro de epidemias, la conciencia de las autoridades sanitarias, ordinariamente muy soñolienta, se alarma un poco; entonces emprenden expediciones a los barrios obreros, clausuran toda una serie de sótanos y cottages, como fue el caso en varias callejuelas en la vecindad de Oldham Road. Pero esto apenas dura, las viviendas condenadas pronto encuentran nuevos inquilinos y por eso los propietarios no tienen dificultad en hallar arrendatarios; además, ¡es sabido que los inspectores de sanidad no volverán pronto!

La zona este y nordeste de Manchester es la única donde la burguesía no se ha instalado, por la buena razón de que el viento dominante que sopla diez u once meses del año del oeste y del sudoeste trae de ese lado el humo de todas las fábricas -y ya esta es bastante decir. Los obreros pueden muy bien respirar ese humo sin dificultad.

Al sur de Great Ancoats Street se extiende un gran barrio obrero semiconstruido, una zona de colinas, pelada, con hileras o manzanas de casas aisladas, dispuestas sin orden. Entre ellas, espacios vacíos, desiguales, arcillosos, sin césped y por tanto difícilmente transitables en tiempo de lluvias. Todos los cottages son sucios y vetustos, se hallan situados a menudo en hoyos profundos y recuerdan la ciudad nueva. El distrito que atraviesa la vía férrea de Birmingham es donde las casas son más numerosas, y por tanto el peor.

En ese lugar, innumerables meandros del Medlock recorren un valle que es por trechos enteramente análogo al del Irk. A ambos lados del río de aguas estancadas y nauseabundas, tan ennegrecidas como la pez se extiende -desde su entrada en la ciudad hasta su confluencia con el Irwell- un ancho cinturón de fábricas y de viviendas de obreros, estas últimas en estado muy deplorable. La orilla es casi toda escarpada y las construcciones descienden hasta el río, al igual que en el caso del Irk; y las casas son igualmente mal construidas, ya estén del lado de Manchester o de Ardwick, Chorlton o Hulme. El rincón más horrible -si yo quisiera hablar en detalle de todos los bloques de inmuebles separadamente no tendría para cuando acabarse halla del lado de Manchester, directamente al sudoeste de Oxford Road y se llama la "pequeña Irlanda" (Little Ireland). En una hondonada bastante profunda, bordeada en semicírculo por el Medlock, y por los cuatro lados por grandes fábricas, altas orillas cubiertas de casas o de terraplenes, hay unos 200 cottages repartidos en dos grupos, siendo la pared del fondo casi siempre mediana; allí viven unas 4000 personas, casi todos irlandeses. Los cottages son viejos, sucios y del tipo más pequeño: las calles desiguales llenas de baches, en parte sin

pavimentar y sin alcantarillado; por todas partes una cantidad considerable de inmundicias, de detritos y de fango nauseabundo entre las charcas estancadas; la atmósfera es irrespirable por las emanaciones, ensombrecida y pesada por el humo de una docena de chimeneas de fábricas; una multitud de niños y mujeres en harapos rondan por esos lugares, tan sucios como los cerdos que se arrellanan en los montones de cenizas y en las charcas. En suma, todo este rincón ofrece un espectáculo tan repugnante como los peores patios de las orillas del Irk. La población que vive en esos cottages deteriorados, detrás de ventanas rotas sobre las que se ha pegado papel engrasado, y las puertas hendidas con marcos podridos, incluso en los sótanos húmedos y sombríos, en medio de semejante suciedad y hedor infinitos, en esa atmósfera que parece intencionalmente reducida, esta población debe realmente situarse en la escala más baja de la humanidad. Tal es la impresión y la conclusión que impone al visitante el aspecto de este barrio visto desde el exterior. Mas, ¿qué decir cuando se conoce* que, en cada una de éas pequeñas casas, que tienen a lo sumo dos piezas y una buhardilla, a veces un sótano, viven veinte personas, que en todo ese barrio no hay más que un retrete -casi siempre inabordable desde luego- para unas 120 personas, y que pese a todos los sermones de los médicos, pese a la emoción que se apoderó de las autoridades sanitarias durante la epidemia de cólera, cuando descubrieron el estado de la "Pequeña Irlanda", todo está hoy, en el año de gracia de 1844, casi en el mismo estado que en 1831? El Dr. Kay relata que, no son solamente los sótanos, sino también la planta baja de las casas las que son húmedas; él explica que hace tiempo cierto número de sótanos fueron rellenados de tierra, pero poco a poco ésta se ha extraído y ahora son habitados por irlandeses. En un sótano con el piso por debajo del nivel del río -el agua brotaba continuamente de un hueco de desagüe tupido con arcilla, hasta el punto en que el inquilino, un tejedor manual, tenía que vaciar el sótano cada mañana y echar el agua a la calle.

* Dr. Kay: op. cit. (F.E.)

Río abajo, se halla Hulme, en la orilla izquierda del Medlock, ciudad que, hablando con propiedad, no es más que un gran barrio obrero, y cuyo estado es parecido, casi en todo, al del barrio de Ancoats. Los barrios de población más densa se hallan casi siempre en estado lastimoso y casi en ruinas; los barrios de población menos densa y de construcción bastante reciente son más ventilados pero casi siempre enterrados en el fango. En general, los cottages son húmedos, tienen una callejuela trasera y viviendas en sótanos. En la otra orilla del Medlock, en Manchester propiamente dicha, existe un segundo gran distrito obrero, que se extiende a ambos lados de Deansgate hasta el barrio comercial y que por trechos no le cede en nada a la antigua ciudad. En particular, cerca del barrio comercial, entre Bridge Street y Quay Street, Princess Street y Peter Street, la aglomeración de inmuebles supera en algunos lugares a aquella de los más angostos patios de la ciudad antigua. Allí hay largos callejones estrechos, entre los cuales se hallan rincones y recodos, y pasadizos cuyas entradas y salidas están dispuestas con tan poco método que, en semejante laberinto, a cada paso se mete uno en un callejón sin salida o va a parar a donde no es, cuando no conoce a fondo cada pasadizo y cada patio. Según el Dr. Kay, en esos lugares exiguos, deteriorados y sucios es donde vive la clase más amoral de todo Manchester, cuya profesión es el robo o la prostitución, y según todas las apariencias todavía hoy tiene razón. Cuando los inspectores de sanidad descendieron allí en 1831, descubrieron una insalubridad tan gran de como en las orillas del Irk o en la "Pequeña Irlanda" -puedo atestiguar que actualmente la situación apenas ha cambiado- y entre otras cosas, un solo retrete para 380 personas en Parliament Street, y uno solo para 30 casas de gran densidad de población en Parliament Passage.

Si atravesando el Irwell vamos a Salford, encontramos, en una pequeña isla formada por este río, una ciudad de 80000 habitantes y, a decir verdad, no es más que un gran distrito obrero atravesado por una sola y ancha calle. Salford, antiguamente más importante que Manchester, era en esa época

el centro principal del distrito circundante que todavía lleva su nombre: Salford Hundred. Por eso aquí hay también un barrio bastante viejo y por consiguiente muy malsano, sucio y deteriorado, frente a la vieja iglesia de Manchester y que se halla en tan mal estado como la ciudad antigua, en la otra orilla del Irwell. Un poco más allá del río se extiende un distrito más reciente, pero que data igualmente de más de cuarenta años y se halla, por esta razón, pasablemente decrepito. Toda Salford está construida de patios o de callejuelas tan estrechas, que me recuerdan los callejones más angostos que jamás haya visto como aquellos de Génova. A este respecto, la forma en que está construida Salford es aún significativamente peor que aquella de Manchester, y lo mismo ocurre en cuanto a la limpieza. Si en Manchester las autoridades sanitarias al menos de vez en cuando - una vez cada seis o diez años- han visitado los barrios obreros y han clausurado las viviendas en peor estado y limpiado los rincones más sucios de esos establos de Augías, no parecen haber hecho nada en Salford. Las estrechas callejuelas transversales y los patios de Chapel Street, Greengate y Gravel Lane, ciertamente jamás han sido limpiados desde su construcción; actualmente la vía férrea de Liverpool atraviesa esos barrios por un alto viaducto, y ha hecho desaparecer muchos rincones entre los más sucios, pero ¿qué se gana con ello? Al pasar por este viaducto se puede ver desde lo alto mucha suciedad y miseria todavía, y si se torna uno el trabajo de recorrer esas callejuelas, echar un vistazo por las puertas y ventanas abiertas, en los sótanos y las casas, puede convencerse a cada instante que los obreros de Salford ocupan viviendas donde toda limpieza y toda comodidad son imposibles. La misma situación existe en los distritos más distantes de Salford, en Islington, cerca de Regent Road y detrás del ferrocarril de Bolton. Las viviendas obreras entre Oldfield Road y Cross Lane, donde, de punta a cabo de Hope Street, se hallan una multitud de patios y de callejuelas en un estado sumamente deplorable, rivalizan en suciedad y en densidad de población con la antigua ciudad de Manchester. En esa región encontré un hombre que parecía tener unos 60 años de edad y vivía en un establo; había construido en un hueco

cuadrado sin ventanas, ni piso pavimentado, una especie de chimenea, había instalado un camastro y allí vivía, y como el techo estaba deteriorado se mojaba cuando llovía. El hombre, demasiado viejo y débil para poder tener un empleo regular, se ganaba el sustento transportando estiércol y otras cosas en su carretilla; un lagunajo de agua de estiércol llegaba casi hasta su establo.

He ahí los diferentes barrios obreros de Manchester, tal como he tenido la ocasión de observarlos yo mismo durante veinte meses. Para resumir nuestros paseos a través de esas localidades, diremos que la casi totalidad de los 350000 obreros de Manchester y sus alrededores viven en cottages en mal estado de conservación, húmedos y sucios; que las calles que ellos transitan se hallan casi siempre en el más deplorable estado y sumamente sucias, y que han sido construidas sin la menor atención a la ventilación, con la única preocupación de la mayor ganancia posible para el constructor. En una palabra, que en las viviendas obreras de Manchester no hay limpieza, ni comodidad, y por tanto ni vida posible de familia; que sólo una raza deshumanizada, reducida a un nivel bestial, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista moral, físicamente mórbida, puede sentirse cómoda allí y como en su casa. Y yo no soy el único que lo afirma; hemos visto que el Dr. Kay ofrece una descripción enteramente análoga, y, lo que es más, voy a citar también las palabras de un liberal, de un hombre cuya autoridad es reconocida y apreciada por los industriales, adversario fanático de todo movimiento obrero independiente, Mr. Senior*:

"Cuando visité las viviendas de los obreros industriales en la ciudad irlandesa, en Ancoats y en la "Pequeña Irlanda", mi única sorpresa fue que sea posible el conservar un mínimo

* Nassau W. Senior: **Letters on the Factory Act to the Rt. Hon. President of the Board of Trade** [Cartas sobre la ley fabril dirigidas al muy honorable Presidente de la Junta de Comercio], **Chas. Poulet Thomson, Esq.**, Londres, 1837, p. 24. (F.E.)

de salud en tales alojamientos. Esas ciudades -pues son ciudades por su extensión y su población- han sido construidas en el desprecio más total de todos los principios, excepto la ganancia inmediata de los especuladores encargados de la construcción. Un carpintero y un albañil se asocian para comprar (es decir, arrendar por cierto número de años) una serie de terrenos para construir, y cubrirlos de supuestas casas. En un lugar hallamos toda una calle que seguía el curso de una zanja, para tener sótanos más profundos sin gastos de excavación, sótanos destinados, no a cuartos de desahogo o de depósito, sino a viviendas para seres humanos. *Ni una sola de esas casas escapó al cólera.* Y, en general, las calles de esos barrios no están pavimentadas, tienen una pila de estiércol o una pequeña laguna en su medio, las casas están pegadas unas a las otras sin ventilación ni desagüe, y familias enteras se ven reducidas a vivir en el rincón de un sótano o de una buhardilla."

Ya he citado anteriormente la actividad desacostumbrada que desplegaron las autoridades sanitarias cuando la epidemia de cólera en Manchester. En efecto, cuando la epidemia amenazó, un pavor general se apoderó de la burguesía de la ciudad; de pronto se acordó de las viviendas insalubres de los pobres y tembló ante la certidumbre de que cada uno de esos malos barrios iba a constituir un foco de epidemia, desde los cuales extendería sus estragos en todo sentido a las residencias de la clase poseedora. Inmediatamente se designó una comisión sanitaria para investigar en esos barrios y rendir un informe completo de su situación al Consejo Municipal. El Dr. Kay, el mismo miembro de la comisión, que visitó especialmente cada distrito, con la excepción del oncenio, ofrece algunos extractos de su informe. Fueron inspeccionadas 6951 casas en total -naturalmente en el propio Manchester, con la exclusión de Salford y otros suburbios- de las cuales 2565 tenían necesidad urgente de pintura interior, a 960 no se les había hecho las reparaciones necesarias (*were out of repair*), 939 carecían de desagüe satisfactorio, 452 mal ventiladas, 2221 desprovistas de

retrete. De las 687 calles inspeccionadas, 248 no estaban pavimentadas, 53 lo estaban sólo parcialmente, 112 mal ventiladas, 352 contenían charcas estancadas, montones de basuras, de detritos y otros desperdicios. Es evidente que limpiar esos establos de Augías antes de la llegada del cólera era prácticamente imposible; por eso se limitaron a limpiar unos cuantos de los peores rincones y se dejó el resto tal como estaba. Huelga decir que los lugares limpiados estaban unos pocos meses más tarde en el mismo estado de mugre, por ejemplo la "Pequeña Irlanda". En cuanto al interior de las viviendas, la misma comisión dijo poco más o menos lo que ya sabemos de Londres, Edimburgo y otras ciudades.

"Frecuentemente, todos los miembros de una familia irlandesa se amontonan en una sola cama; a menudo un montón de paja sucia y de cobertura hechas de sacos viejos los tapa a todos, en una aglomeración confusa de seres humanos, que la necesidad, el embrutecimiento y la licencia rebajan igualmente. Con frecuencia los inspectores han hallado dos familias en una casa de dos piezas; una de las piezas servía de habitación de dormir para todos, la otra era la cocina y comedor comunes; y a menudo más de una familia vivía en un sótano húmedo o de 12 a 16 personas estaban apiñadas en una atmósfera pestilente; a esta fuente de enfermedad y a otras, se añadía el hecho de que se criaban cerdos allí y que se encontraban otros motivos de aversión de la más repugnante especie."^{*}

Debemos añadir que numerosas familias, que no tienen ellas mismas más que una pieza, alquilan espacio para dormir por la noche, que además, a menudo huéspedes de ambos sexos duermen en la misma cama con la pareja, y que por ejemplo, el caso del hombre, de su mujer y de una cuñada adulta durmiendo en la misma cama fue comprobado seis veces por lo menos en Manchester, según el *Informe sobre el estado sanitario de la clase obrera*. Las casas-dormitorio son muy

* Kay: **op. cit.**, p. 32. (F.E.)

numerosas aquí también; el Dr. Kay fija su número en 267 en Manchester, en 1831, y desde entonces ha debido incrementarse sensiblemente. Cada una alberga de 20 a 30 personas, o sea un total de 5 a 6 mil personas cada noche; el carácter de esas casas y de sus clientes es el mismo que en otras ciudades. En cada habitación, sin camas, se tienden 6 ó 7 colchones en el piso, y se acomodan tantas personas como haya, todas en confusión. No tengo necesidad de decir qué ambiente físico y moral reina en esas guardadas del vicio. Cada una de esas casas es un foco de crimen y el teatro de actos que repugnan al género humano y jamás pudieran perpetrarse sin esa centralización impuesta de inmoralidad. El número de personas que viven en sótanos es, según Gaskell*, de 20000 en cuanto a Manchester. El *Weekly Dispatch* indica "según informes oficiales" la cifra del 12% de la clase obrera, que parece corresponder a esta cifra: siendo el número de trabajadores unos 175000, el 12% es 21000. Las viviendas en sótanos en los suburbios son por lo menos tan numerosas y así

* P. Gaskell: **The Manufacturing Population of England, its Moral, Social and Physical Condition, and the Changes which have Arisen from the Use of Steam Machinery; with an Examination of Infant Labour "Fiat Justitia".** (Los obreros fabriles de Inglaterra, su estado moral, social y físico, y los cambios ocasionados por la utilización de máquinas de vapor, con una investigación sobre el trabajo infantil. "Que se haga justicia") 1833. Describe principalmente la situación de los obreros en Lancashire. El autor es un liberal, pero escribía en una época en que el liberalismo no implicaba todavía hacer alarde de la "felicidad" de los obreros. Por eso **no está aún preventido y tiene todavía el derecho de ver** los males del régimen existente, en particular aquellos del sistema industrial. En cambio, escribe asimismo antes de la creación de la Factories inquiry Commission (Comisión investigadora de fábricas) y toma de fuentes dudosas muchas afirmaciones ulteriormente refutadas por la Comisión. La obra, aunque buena en su conjunto, debe en consecuencia -y también porque él confunde, como Kay, la clase obrera en general con la clase obrera de las fábricas- ser utilizada con precaución en los detalles. La historia de la evolución del proletariado que se halla en la introducción es, en gran parte, tomada de dicha obra. (F. E.)

el número de personas que viven en la aglomeración de trabajadores unos 175000, el 12% es 21000. Las viviendas en sótanos en los suburbios son por lo menos tan numerosas y así el número de personas que viven en la aglomeración de Manchester en sótanos, se eleva por lo menos a 40000 ó 50000. Esto es lo que se puede decir de las viviendas obreras en las grandes ciudades. La manera por la cual se satisface la necesidad de alojamiento es un criterio para el modo por el cual se satisfacen todas las demás necesidades. Es fácil concluir que únicamente una población andrajosa, mal alimentada puede vivir en esos cubiles sucios. Y ello es realmente así. En la inmensa mayoría de los casos la ropa de los obreros se halla en muy mal estado. Los tejidos que se utilizan para su confección ya no son los más apropiados; el lienzo y la lana casi han desaparecido del ajuar de ambos sexos, y el algodón los ha sustituido. Las camisas son de calicó, blanco o de color; asimismo, las ropas de las mujeres son de indiana y raramente se ve ropa interior de lana en las tendedoras. Los hombres usan casi siempre pantalones de pana o de cualquier otro tejido grueso de algodón y chaqueta de la misma clase. Incluso la pana (*fustian*) ha devenido el vestido proverbial de los obreros; *fustian-jackets* es como se llaman a sí mismo los obreros, por oposición a los señores vestidos de paño (*broad-cloth*), expresión que se utiliza también para designar a la clase media. Cuando Feargus O'Connor, jefe de los Cartistas, visitó Manchester durante la insurrección de 1842(27), se presentó vestido de pana, y los obreros lo aplaudieron fuertemente. En Inglaterra se acostumbra usar sombrero, incluso por los obreros; son de formas muy diversas, redondas, cónicos, o cilíndricos, de alas anchas, estrechas o sin ala. Sólo los jóvenes usan gorra en las ciudades industriales. Quien no tiene sombrero, se hace con papel una gorra baja y cuadrada. Toda la ropa de los obreros -aún suponiendo que se halle en buen estado- es muy poco adaptada al clima. El aire húmedo de Inglaterra que, más que cualquier otro, debido a los cambios bruscos del tiempo provoca resfriados, obliga a casi toda la clase media a abrigarse el pecho con franela e incluso con piel: pañuelos de seda para el cuello, chaquetas y ceñidores de

franela son de uso casi general. La clase obrera no sólo conoce estas precauciones, sino que casi nunca está en situación de poder adquirir el menor hilo de lana para vestirse.

Ahora bien, las pesadas telas de algodón, más espesas, más rígidas, y más gruesas que las telas de lana, protegen sin embargo mucho menos del frío y de la humedad. El espesor y la naturaleza del tejido hacen que conserven más tiempo la humedad y, en suma, no tienen la impermeabilidad de la lana enfurtida. Y, cuando un día el obrero puede adquirir un traje de paño para los domingos, tiene que hacerlo en "tiendas de gangas" donde le dan un tejido malo llamado *devil's dust*²², que "sólo se fabrica para ser vendido y no para ser portado", y que se desgarra o se rompe al cabo de quince días; o bien tiene que comprar al ropavejero un traje usado medio ráido y que sólo puede darle servicio por unas semanas. Además del mal estado de la ropa de la mayoría de los obreros, de vez en cuando se ven en la necesidad de empeñar sus mejores efectos. Sin embargo, entre un número muy grande de ellos, especialmente aquellos de descendencia irlandesa, las ropas son verdaderos andrajos, que muy a menudo no se pueden remendar, y tanto se han zurcido que es imposible reconocer el color original: Los ingleses o los angloirlandeses, las remiendan, sin embargo todavía y son verdaderos maestros en ese arte; poco importa que sea tela de lana o tela de saco, pana o viceversa. Por lo que toca a los inmigrantes auténticos, ellos no zurcen casi nunca, salvo en el caso extremo cuando la ropa amenace caerse en jirones; es común ver los faldones de la camisa pasar a través de roturas de la ropa o del pantalón; ellos portan, como dice Thomas Carlyle*:

"Una indumentaria de harapos: ponérsela y quitársela representa una de las operaciones más delicadas a la cual no

²² "polvo del diablo": paño a base de desechos de lana de mala calidad.

* Thomas Carlyle: **Chartism**, Londres, 1840, p. 28. Sobre Thomas Carlyle, véase más adelante. (F. E.)

se procede sino en los días de fiesta y en momentos particularmente favorables".

Los irlandeses han importado igualmente la costumbre, antes desconocida de los ingleses, de andar descalzos. Actualmente se ve en todas las ciudades industriales una multitud de personas, sobre todo de niños y de mujeres, que andan con los pies desnudos y poco a poco los ingleses pobres adoptan este hábito.

Lo que decimos del vestido, se aplica igualmente a la alimentación: A los trabajadores toca en suerte lo que la clase poseedora encuentra demasiado malo. En las grandes ciudades inglesas, se puede obtener de todo y de la mejor calidad, pero cuesta muy caro; el trabajador que debe hacer milagros con poco dinero, no puede gastar tanto. Además, en la mayoría de los casos sólo cobra el sábado en la tarde; se ha comenzado a pagar el miércoles, pero esta excelente iniciativa no se ha generalizado todavía, de modo que cuando va al mercado son las cuatro o las cinco o las seis de la tarde del sábado, mientras que la clase media va allí desde por la mañana y escoge lo mejor que hay. Por la mañana el mercado rebosa de las mejores cosas, pero cuando llegan los obreros lo mejor se ha acabado, pero si hubiera todavía realmente no podrían comprarlo. Las papas que los obreros compran son casi siempre de mala calidad, las legumbres marchitas, el queso viejo y mediocre, la manteca rancia, la carne mala, atrasada, correosa, proveniente con frecuencia de animales enfermos o destripados, a menudo medio podrida. Muy frecuentemente los vendedores son pequeños detallistas que compran mercancías de mala calidad a granel y la revenden tan barata precisamente a causa de la mala calidad. Los más pobres de los trabajadores deben arreglárselas de otro modo para poder bandearse con su poco dinero aun cuando los artículos que compran son de la peor calidad. En efecto, como todas las tiendas deben cerrar a la media noche del sábado, y no se puede vender nada el domingo, los artículos de primera necesidad que se dañarían si hubiera que esperar

hasta el lunes por la mañana son liquidados a precios irrisorios entre las diez y la media noche. Pero el 90 por ciento de lo que no se ha vendido a las diez de la noche ya no es comible el domingo por la mañana, y esos son precisamente los artículos que constituyen el menú dominical de la clase más pobre. La carne que se vende a los obreros muy a menudo es incomible -pero como la han comprado, tienen que comerla.

El 6 de enero de 1844 (si no me equivoco), hubo una sesión del Tribunal de comercio en Manchester, en el curso de la cual once carníceros fueron condenados por haber vendido carne impropia para el consumo. Cada uno de ellos tenía todavía o una res entera o un cerdo entero o varios carneros o también 50 ó 60 libras de carne que fue decomisada, todo en ese estado. En una de las carnicerías se confiscaron 64 gansos de navidad rellenos que, no habiendo podido ser vendidos en Liverpool, habían sido transportados a Manchester a donde llegaron averiados al mercado y olián mal.

Esta noticia apareció en el *Manchester Guardian*(28) con los nombres y el monto de las multas. Durante las seis semanas entre primero de julio y el 14 de agosto, el mismo periódico reporta tres casos parecidos; según el número del 3 de julio, fue confiscado en Heywood un cerdo de 200 libras muerto y averiado que había sido descuartizado en una carnicería y puesto a la venta; según el del 31, de julio dos carníceros de Wigan, uno de los cuales ya con anterioridad había sido declarado culpable del mismo delito, fueron condenados a dos y cuatro libras esterlinas de multa, por haber puesto a la venta carne impropia para el consumo, y según el número del 10 de agosto, se confiscó en una tienda de Bolton 26 jamones no comestibles que fueron quemados públicamente, y el comerciante fue condenado a una multa de 20 chelines. Pero esto no da cuenta de todos los casos, ni siquiera un promedio por seis semanas según el cual se pudiera establecer el porcentaje anual. Ocurre frecuentemente que cada número del *Guardian*, que aparece dos veces por semana, relata un hecho análogo en Manchester o en un distrito industrial circundante.

Cuando se piensa en el número de casos que deben producirse en los inmensos mercados que bordean las largas arterias y que deben escapar a las raras visitas de los inspectores de mercados, ¿cómo se podría explicar de otra manera la impudencia con la cual son puestos a la venta cuartos enteros de res? Cuando se piensa cuán grande debe ser la tentación, dado el monto incomprensiblemente bajo de las multas, cuando se piensa en qué estado debe hallarse un trozo de carne para ser declarado completamente impropio para el consumo y confiscado por los inspectores, entonces es imposible creer que los obreros puedan comprar en general una carne sana y alimenticia. Sin embargo, también son estafadores de otro modo por la codicia de la clase media. Los tenderos y los fabricantes adulteran todos los productos alimenticios de una manera verdaderamente insoportable, con desprecio total de la salud de aquéllos que los deben consumir. Anteriormente citamos informaciones del *Manchester Guardian*, veamos ahora lo que nos dice otro periódico de la clase media -me gusta tomar a mis adversarios por testigos- el *Liverpool Mercury*:

"Se vende mantequilla salada por mantequilla fresca, ya sea cubriendola con una capa de esta última, ya sea colocando una libra de mantequilla fresca en el mostrador para que el cliente la pruebe y que se venda por esa muestra las libras de mantequilla salada, ya sea quitándole la sal por el lavado y vendiéndose después como fresca. Se mezcla arroz pulverizado con el azúcar u otros artículos baratos y se vende a mayor precio. Los residuos de jabonerías se mezclan igualmente con otras mercancías y se venden por azúcar. El café molido se mezcla con achicoria u otros productos baratos, hasta se llega a mezclar el café en grano, dándole a la mezcla la forma de granos de café. Muy frecuentemente, se mezcla el cacao con tierra parda fina rociada con grasa de cordero y se mezcla así más fácilmente con el cacao verdadero. El té es mezclado con hojas de endrino y otros residuos; o también se ponen a secar las hojas de té ya usadas sobre planchas candentes de cobre, para que

recuperen el color y venderlas por té fresco. La pimienta se falsifica por medio de vainas en polvo, etc.; el vino de Oporto es literalmente fabricado (a base de colorantes, alcohol, etc.), porque es notorio que en Inglaterra se bebe más ese vino que el que se produce en todo Portugal; el tabaco se mezcla con materias nauseabundas de todo género, bajo cualquier forma que este producto se ponga a la venta."

(Puedo añadir que debido a la falsificación general del tabaco, varios estanquilleros de Manchester, entre ellos los de mejor reputación, declararon el verano último que ninguna tabaquería podría subsistir sin esas adulteraciones y que ningún cigarro cuyo precio sea inferior a tres peniques contiene tabaco puro.) Desde luego, los fraudes no se limitan a los productos alimenticios y yo podría citar una docena de ellos -entre otros, la práctica infame que consiste en mezclar yeso o tiza con la harina porque se cometen fraudes con todos los artículos: se estira la franela, las medias, etc., para hacerlas aparecer más largas y se encogen con la primera lavada; un retazo de tela estrecha se vende por un retazo de una pulgada y media o tres pulgadas más ancho, la vajilla de barro vidriado está cubierta de un esmalte tan delgado; que no está prácticamente esmaltada y se desconcha inmediatamente; y cientos de otras ignominias. Tout comme chez nous²³ (Igualmente entre nosotros), pero aquellos que sufren más las consecuencias de esos engaños, son los trabajadores. El rico no es engañado porque puede pagar los precios elevados de las grandes tiendas que deben velar por su buen nombre y se harían daño a sí mismas si vendieran mercancías de mala calidad; el rico, aficionado a la buena mesa, nota más fácilmente el fraude gracias a la agudeza de su paladar. Pero el pobre, el obrero, para quien unos centavos representan una suma, que debe adquirir muchas mercancías por poco dinero, que no tiene el derecho ni la posibilidad de prestar mucha atención a la calidad, porque nunca tuvo oportunidad de refinar su gusto, todos los artículos de primera necesidad adulterados, incluso emponzoñados, son para él.

²³ En francés en el texto alemán. Ganz wie bei uns

Tiene que acudir a los pequeños tenderos, tal vez hasta comprar al crédito; y esos tenderos que no pueden vender con igual calidad ni tan barato como los detallistas más importantes, debido a su poco capital y gastos generales bastante grandes, se ven obligadas a ofrecer, conscientemente o no, artículos de primera necesidad adulterados, a causa de los precios bastante bajos que se les exige y de la competencia de los demás. Por otra parte, si para un comerciante al por mayor, que tiene invertidos grandes capitales en su negocio, el descubrimiento de un fraude significa la ruina porque le hace perder todo crédito, ¿qué importa que un mercachifle que aprovisiona una sola calle, sea convicto de fraudes? Si ya no se le tiene confianza en Ancoats, se muda para Chorlton o para Hulme, donde nadie lo conoce, y comienza de nuevo sus trapacerías; y las penas legales previstas sólo rigen para un número limitado de falsificaciones, a menos que vayan acompañadas de fraude al fisco. Pero no es solamente en cuanto a la calidad sino también en cuanto a la cantidad que el trabajador inglés es engañado; casi siempre los pequeños tenderos usan pesos y medidas falsos, y diariamente se puede leer sobre el número increíble de contravenciones por delitos de ese género en los informes de policía. Algunos extractos del *Manchester Guardian* van a mostrarnos hasta qué punto se ha generalizado este tipo de fraude en los distritos obreros; los mismos conciernen sólo a un corto período e incluso para el mismo no tengo todos los números a mano:

Guardian del 16 de junio de 1844. Sesiones del tribunal de Rochdale: 4 tenderos son multados de 5 a 10 chelines por robar en el peso.

Sesiones de Stockport: 2 tenderos condenados a una multa de 1 chelín por tener las pesas arregladas para estafar; ambos ya habían sido amonestados con anterioridad.

Guardian, 19 de junio. Sesiones de Rochdale: 1 tendero condenado a una multa de 5 chelines, y 2 campesinos a una multa de 10 chelines.

Guardian, 22 de junio. Juez de Paz de Manchester: 19 tenderos son castigados con multas de 21/2 chelines a 2 libras.

Guardian, 26 de junio. Breve sesión del tribunal de Ashton: 14 tenderos y campesinos castigados con multas de 21/2 chelines a una libra esterlina.

Hyde, breve sesión: 9 campesinos y tenderos condenados a pagar los gastos y a 5 chelines de multa.

Guardian, 6 de julio. Manchester: 16 tenderos condenados a pagar las costas y las multas de hasta 10 chelines.

Guardian, 13 de julio. Manchester: 9 tenderos castigados a multas de 21/2 a 20 chelines.

Guardian, 24 de julio. Rochdale: 4 tenderos multados de 10 a 20 chelines.

Guardian, 27 de julio. Bolton: 12 tenderos y hoteleros condenados a pagar las costas.

Guardian, 3 de agosto. Bolton: 3 de la misma condición, condenados a multas de 21/2 a 5 chelines.

Guardian, 10 de agosto. Bolton: 1 de la misma condición, condenado a 5 chelines de multa.

Y las razones que hacían sufrir en primer lugar a los obreros el fraude sobre la calidad, son los mismos que los hacen sufrir el fraude sobre la cantidad.

La alimentación habitual del trabajador industrial difiere evidentemente según su salario. Los mejor pagados, en particular aquellos obreros fabriles con familiares que pueden emplearse y ganar algo, tienen mientras esto dure una buena alimentación; carne todos los días, y tocino y queso por la noche. Pero en las familias donde se gana menos, se come

carne sólo los domingos o dos o tres veces por semana, y en cambio, más papas y pan; si descendemos la escala poco a poco, hallamos que la alimentación de origen animal se reduce a unos trozos de tocino cocido con papas; más bajo aún, este tocino desaparece no queda más que queso, pan, papilla de harina de avena (porridge) y papas; hasta el último grado, entre los irlandeses, donde las papas constituyen el único alimento. Se bebe en general, con esos manjares, un té ligero, mezclado a veces con un poco de azúcar, de leche, o de aguardiente. El té es en Inglaterra e incluso en Irlanda, una bebida tan necesaria e indispensable como el café entre nosotros, y en los hogares donde ya no se bebe té, reina la miseria más negra. Pero esto es cierto en el supuesto de que el trabajador tenga empleo; si no lo tiene, se ve totalmente reducido a la desgracia y come lo que se le da, lo que mendiga o lo que roba; si no tiene nada, muere sencillamente de hambre, como lo hemos visto anteriormente. Es fácil comprender que tanto la cantidad de alimentos como la calidad dependen del salario, y que la hambruna reina entre los trabajadores peor pagados -sobre todo si tienen además pesadas cargas de familia-, incluso en períodos de ocupación plena; ahora bien, el número de trabajadores mal pagados es muy grande. Especialmente en Londres, donde la competencia entre obreros crece en proporción directa con la población, esa clase es muy numerosa, pero la hallamos igualmente en todas las demás ciudades. Asimismo, se recurre a todos los expedientes: se consume, a falta de otro alimento, cáscaras de papas, desperdicios de legumbres, vegetales averiados*, y se recoge ávidamente todo lo que pueda contener aunque sea un átomo de producto comestible. Y, cuando el salario semanal ya se ha consumido antes del próximo pago, ocurre frecuentemente que la familia, durante los últimos días, ya no tiene nada o le queda justamente lo suficiente para comer y no morirse de hambre. Es evidente que tal modo de vida sólo puede engendrar una serie de enfermedades, y cuando éstas

* **Weekly Dispatch**, abril o mayo de 1844, según un informe del Dr. Southwood Smith acerca de la situación de los indigentes en Londres. (F.E.)

sobrevienen, cuando el hombre, de cuyo trabajo vive esencialmente la familia y cuya actividad penosa exige más alimentación -y que por consecuencia es el primero, en sucumbir-, cuando ese hombre²⁴ cae enteramente enfermo, sólo entonces comienza la gran miseria, es entonces que se manifiesta, de modo verdaderamente estallante, la brutalidad con la cual la sociedad abandona a sus miembros, precisamente en el momento en que tienen más necesidad de su ayuda.

Resumamos una vez más, para concluir, los hechos citados: las grandes ciudades son pobladas principalmente por obreros, ya que, en el mejor de los casos, hay un burgués por cada dos, a menudo tres y hasta cuatro obreros. Esos obreros no poseen ellos mismos nada, y viven del salario que casi siempre sólo permite vivir al día; la sociedad individualizada al extremo no se preocupa por ellos, y les deja la tarea de subvenir a sus necesidades y a las de su familia; sin embargo, no les proporciona los medios de hacerlo de modo eficaz y duradero. Todo obrero, incluso el mejor, se halla por tanto, constantemente expuesto a la miseria, o sea, a morir de hambre, y buen número de ellos sucumben. Las viviendas de los trabajadores son, por regla general, mal agrupadas, mal construidas, mal conservadas, mal ventiladas, húmedas e insalubres. En ellas, los ocupantes son confinados al espacio mínimo, y en la mayoría de los casos, duerme en una pieza por lo menos una familia; el moblaje de las viviendas es miserable, en diferentes escalas, hasta la ausencia total incluso de los muebles más indispensables. El vestido de los trabajadores es igualmente mediocre (mísero) por término medio, y un gran número de ellos viste andrajos. La alimentación es generalmente mala, con frecuencia casi imprópria para el consumo, y en muchos casos, al menos en ciertos períodos, insuficiente, si bien en los casos extremos hay gente que muere de hambre. La clase obrera de las grandes ciudades nos presenta así una serie de modos de existencia diferentes; en el mejor de los casos, una existencia temporalmente soportable:

²⁴ (1892) wenn vollends dieser (1845) wenn dieser vollends.

por un trabajo esforzado, buen salario, buen alojamiento y alimentación no precisamente mala -evidentemente, desde el punto de vista del obrero todo ello es bueno y soportable-; en el caso peor, una miseria cruel que puede ir hasta carecer de techo y morir de hambre. De ambos casos, el que prevalece por término medio es el peor. Y no vayamos a creer que esta gama de obreros comprende simplemente clases fijas que nos permitirían decir: esta fracción de la clase obrera vive bien, aquella mal, siempre es y ha sido así. Muy al contrario, si bien ese es el caso todavía, si ciertos sectores aislados aún disfrutan de alguna ventaja sobre los de más, la situación de los obreros en cada rama es tan inestable, que cualquier trabajador puede ser llevado a recorrer todos los grados de la escala, desde la comodidad relativa hasta la necesidad extrema, incluso hasta estar en peligro de morir de hambre; y, por otra parte, casi no hay proletario inglés que no tenga mucho que decir sobre sus numerosos reveses de fortuna. Ahora examinaremos más detenidamente las causas de esa situación.